

Alternativas para la España plural

Debate de expertos

Seminarios y Jornadas 24/2006

Ninguna parte ni la totalidad de este documento puede ser reproducida, grabada o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de la Fundación Alternativas

© Fundación Alternativas

ISBN: 84-96653-07-2

Depósito Legal: M-24488-2006

La Fundación Alternativas ha puesto en marcha una iniciativa bajo el título Alternativas para la España Plural. El proyecto consiste en organizar varios seminarios en diferentes ciudades del país con el fin de debatir los contenidos de la idea de la España plural en un momento de diálogo y debate sobre las reformas estatutarias en curso, así como sobre la cohesión social y territorial del Estado. A estos encuentros se invita a personas relevantes de la sociedad civil de la comunidad autónoma en la que se celebra el seminario, así como a otras procedentes de diferentes lugares de España con el fin de enriquecer el debate y contrastar distintos puntos de vista.

Hasta el momento se han celebrado tres encuentros, en Sevilla, en Valencia y en Santiago de Compostela, cuyo resultado nos anima a continuar en el empeño.

El seminario que hoy presentamos es el tercero de este ciclo y se ha celebrado en Santiago de Compostela el 31 de marzo de 2006. Las dos ponencias que abren el debate son del ensayista Antón Baamonde, y del periodista José Higuero Manzano.

Fundación Alternativas

Asistentes

Nicolás Sartorius, Vicepresidente de la Fundación Alternativas.

Antón Baamonde, ensayista (ponente).

José Higuero Manzano, periodista (ponente).

Manuel Alcaraz Ramos, profesor de Derecho constitucional, Universidad de Alicante.

Javier Alfaya Bula, escritor y periodista.

Gonzalo Allegue Otero, editor.

Damián Álvarez Villalaín, director de la Fundación Carlos Casares, Vigo.

Luis Arias Argüelles-Meres, escritor y periodista.

Xosé Carlos Arias Moreira, profesor de Economía Aplicada, Universidad de Vigo.

Joseba Arregi, ex consejero de Cultura del Gobierno Vasco y profesor de sociología.

Kepa Aulestia Urrutia, asesor editorial del Grupo Vocento.

Belén Barreiro Pérez-Pardo, politóloga y asesora del presidente del Gobierno.

Perfecto Conde Muruais, periodista.

Antón Costas Comesaña, catedrático de Economía Política, Universidad de Barcelona.

Isaac Díaz Pardo, industrial del Instituto Galego da Información.

Iolanda Galanes Santos, profesora de la Universidad de Vigo.

Juan García Pérez, catedrático de la Universidad de Extremadura.

Bieito Iglesias Araujo, profesor de Lingua e Literatura galegas. Novelista.

Margarita Ledo Andino, catedrática de Comunicación Audiovisual de la Universidad de Santiago de Compostela.

Ramón Máiz Suárez, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Santiago de Compostela.

Estro Montaña Louzao, profesor de instituto y escritor.

Henrique Monteagudo Romero, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela.

Ferrán Montesa Ferrando, director general de Le Monde Diplomatique, edición española.

Eduardo Rego Rodríguez, profesor titular de Sociología, Universidad de A Coruña.

José Manuel Rivera Otero, profesor de Ciencia política, Universidad de Santiago de Compostela.

Olivia Rodríguez González, profesora de Teoría de la Literatura, Universidad Complutense de Madrid.

Xavier Rubert de Ventós, filósofo.

Juan José Solozábal Echevarría, catedrático de Derecho constitucional, Universidad Autónoma de Madrid.

Begoña Soneira, investigadora del Instituto Galego da Información.

Suso de Toro, escritor.

Santiago de Torres, delegado de la Generalitat en Madrid.

Amada Traba Díaz, docente en la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de Pontevedra.

Dolores Vilavedra Fernández, profesora de Filosofía Gallega, Universidad de Santiago de Compostela.

Ramón Villares Paz, catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Santiago de Compostela.

Carles Viver Pi i Sunyer, catedrático de Derecho constitucional de la Universidad Pompeu Fabra. Director del Instituto de Estudios Autonómicos de la Generalitat de Catalunya.

Maximino Zumalave Caneda, director de orquesta.

Informe de contenidos

Nicolás Sartorius (moderador)

■ Yo no sé si en este marco tan solemne podremos hablar de la España plural, o si, por los cuadros que veo aquí, vamos a hablar de la España eterna. Lo intentaremos, en todo caso. Antes de nada, en nombre de la Fundación Alternativas, que es quien ha organizado este acto en colaboración con la Generalitat de Cataluña, quiero agradeceros vuestra presencia. Este seminario forma parte de una serie de encuentros y seminarios sobre el tema “La España plural” que estamos haciendo por el conjunto de España, es decir, qué entendemos por la España plural y a dónde vamos. Como sabéis perfectamente, estamos inmersos en este momento en un proceso importante de reformas estatutarias. El más importante, por no decir el único, desde que se aprobaron los estatutos de autonomía en la Transición, después de la Constitución. Hay estatutos que se están reformando, algunos ya aprobados, como el del País Valenciano y Cataluña; otros en curso, como los de Andalucía, Aragón, Baleares y seguramente también el de Galicia. Por lo tanto, hemos pensado que sería bueno reunir en las diferentes comunidades autónomas a personas de alto criterio, líderes de opinión de la sociedad civil (como veis no solemos invitar a políticos en activo, ni a personas que estén en partidos con cargos, sino a personas de la sociedad civil) para discutir el tema de la configuración territorial del Estado. Quiero dejar claro de entrada que no venimos a debatir ni a discutir sobre el Estatuto catalán. El Estatuto catalán se aprobó ayer en el Congreso de los Diputados, ahora pasará al Senado, después tendrá que ir a un referéndum... Pero la intención de estos encuentros va más allá. Como decía ayer Santiago de Torres, se trata de debatir sobre la configuración del Estado en su conjunto, no de un Estatuto en concreto (lo que evidentemente no quiere decir que no se puedan hacer referencias, reflexiones o lo que cada uno quiera sobre lo que desee), sino más bien qué España deseamos; conocer mejor las posiciones de cada uno en los diferentes territorios. Es sobre todo una labor pedagógica, ya que hemos observado durante todo este proceso que existen muchos mitos respecto a este asunto, tópicos e inquietudes que conviene despejar. Hemos hecho ya dos encuentros, uno en Andalucía y otro en el País Valenciano. Hoy venimos a Galicia con muchísimo placer para encontrarnos con los amigos de Galicia y discutir tranquilamente sobre estas cuestiones. La Fundación Alternativas ya sabéis que se mueve en el ámbito progresista en sentido amplio. Es una fundación independiente que no está sujeta a ningún tipo de disciplina orgánica de nadie, ni de partidos, ni de gobierno. Como su nombre indica, tiene como objeto elaborar alternativas a los diferentes problemas de la sociedad española. Los trabajos que realiza la Fundación van en muchas direcciones, pero todo ello puede encontrarse en su página web, así que no me extendiendo más en esto.

En cuanto a los temas prácticos de cómo se va a desarrollar este seminario, primero decirles que hay dos ponentes. Siempre lo hacemos con dos ponentes, uno del lugar donde hacemos el seminario, otro del lugar donde lo vamos a hacer después. En este caso son: Antón Baamonde, escritor y ensayista que ya ha estado en algunos de los encuentros

anteriores, y José Higuero, director de Comunicación de Caja Extremadura, periodista, ex director de un órgano de Extremadura y también ensayista y escritor. Ellos expondrán sus ponencias y luego iniciaremos el debate. Cedo la palabra a Antón Baamonde.

Antón Baamonde (ponente)

■ Buenos días y gracias a todos por estar aquí. Gracias a la Fundación Alternativas por organizar estos encuentros que son tan importantes para el mejor entendimiento de la España de hoy. Paso inmediatamente a leer mi comunicación.

España se ha reinventado a sí misma en los últimos treinta años. No siempre se pone el suficiente énfasis en este hecho, pero uno no puede dejar de asombrarse no sólo de la amplitud y la profundidad de los cambios, sino de la relativa tranquilidad con que la gente se ha adaptado a las transformaciones. Si uno exceptúa el avispero vasco, siempre un poco inescrutable y que esperemos que entre en vías de solución, lo cierto es que España ha pasado con un punto de misteriosa facilidad de ser una dictadura a convertirse en un Estado democrático y cuasi federal.

Esa transformación, si uno lo piensa bien, ha sido pasmosa, y por lo que a mí respecta, todavía hoy se me queda cara de bobo cuando compruebo, sin salir de mi asombro, la naturalidad con la que el país se tomó la aprobación de la Ley de Matrimonios Homosexuales. Actitudes que, pensábamos, tenían asegurada una gran pervivencia se han diluido casi como por ensalmo. Aunque uno siempre sospeche, con la mosca detrás de la oreja, que una de dos: o España no era tan franquista entonces, o no es ahora tan progresista y liberal como parece serlo...

Sea como sea creo que es incuestionable que el segundo periodo de gobierno de José María Aznar dejó tras de sí un país con ciertas dosis de crispación. Aquel momento, del que apenas nos separan dos años, nos parece que está ya muy lejos. Pero cabe recordar que, de haberse producido otra victoria del Partido Popular, tal vez nos tuviésemos que enfrentar a situaciones inéditas y complicadas. Me refiero, por ejemplo, a que una cierta lógica de la situación podría haber llevado a Ibarretxe a la cárcel y a la suspensión de la autonomía vasca.

En aquel momento, antes de las elecciones que le depararon la derrota a Rajoy y la victoria a Zapatero, yo hice una pequeña encuesta en mi entorno con este resultado: a la pregunta de si estas dos cosas –la cárcel de Ibarretxe y la suspensión de la autonomía– podrían ser posibles, los menores de treinta años respondieron sin palabras, con un rostro de estupefacción propio de quien tiene ante sí a un marciano. Los mayores de cincuenta, entre los cuales había algunos de gran experiencia política, lo consideraban, sin embargo, más que probable.

En todo caso, a lo que José María Aznar apuntaba mediante la guerra de posiciones, de la que formaba parte la posibilidad apuntada, era a un cierto proyecto de renacionalización de España que no hemos tenido ocasión de constatar hasta qué punto era viable. Algunos comentaristas, un poco a toro pasado, lo dan por impracticable, cosa de la que yo no estoy seguro, en absoluto, de haberse producido otra victoria del Partido Popular.

Una sucesión de mayorías absolutas en España da mucho juego tomando en consideración, por ejemplo, las implicaciones en los órganos judiciales, y el Tribunal Constitucional, de esa sucesión de mayorías.

Ese proyecto españolista chocaba en todo caso con la realidad social, política y electoral de Cataluña y el País Vasco, con gobiernos empeñados en ampliar el actual marco competencial y en que se reconociese la pluralidad nacional del Estado. Eran dos lógicas que iban en sentido contrario, y cuanto más madera echaba Aznar, más velocidad iban tomando las locomotoras de enfrente. Eran trenes que parecían destinados a chocar. Ese escenario, y no otro, fue el que José Luis Rodríguez Zapatero heredó.

Por fortuna, una vez que Rajoy perdió, y dada la sintonía del nuevo Presidente, José Luis Rodríguez Zapatero, con una visión diferente de España –en la línea de un cierto regeneracionismo, de Azaña, o incluso, temen algunos, en la de Anselmo Carretero–, el ambiente se fue relajando y quedó la vía expedita para el proceso –había sido una promesa electoral– de negociación de nuevos estatutos. Ahora sí, ya sin riesgo de chocar ni de romperse la cabeza ante el muro de la mayoría parlamentaria popular.

Ahora bien, ¿cómo podemos describir y caracterizar ese proceso que se abrió y que ayer mismo tuvo en el Parlamento español una de sus inflexiones más definitivas? Desde luego, el primer rasgo que resalta es que tiene protagonismo catalán. Una vez apartado el Plan Ibarretxe, lo negociado por el Parlamento catalán va a componer la hoja de ruta de la negociación de los sucesivos estatutos. Hasta es posible que incluso los vascos, que gozan del sistema de cupo, una situación confederal dentro de un Estado que ni siquiera es federal, se miren en ese espejo, por lo menos desde el punto de vista del método.

Y en lo que consiste la reforma que viene desde Cataluña no es sólo, aunque también, la tradicional reivindicación catalanista. Existen nuevos datos sobre la mesa. El principal tal vez podría ser éste: el modelo económico basado en la tradicional industria manufacturera está agotado. Hay una convicción generalizada en Cataluña de que darle otra dirección y un nuevo impulso a la economía catalana es incompatible con el actual nivel de déficit fiscal.

Así, la negociación de un nuevo Estatuto de Cataluña no sólo apunta a la imagen de una España federal. Esa imagen ha tenido siempre mucho peso en Cataluña desde el siglo XIX en adelante. El republicanismo federal ha sido allí, como era de esperar, donde ha tenido mayor peso. De Pi i Margall a hoy ha habido siempre una corriente sin interrupción que ha visto en la estructura federal del Estado el modo de europeizarlo y modernizarlo, de arrebatarlo de las manos de las clases reaccionarias.

Por otro lado, ese federalismo ha hecho masa con la realidad de que Cataluña era la economía más moderna dentro del Estado. Incluso, yendo más allá, y si uno lo simplifica, Barcelona era la economía y Madrid la política. Barcelona era una gran capital europea, con personajes audaces que proyectaban ciudades sobre el plano, como Ildefons Cerdá, o que inventaban el submarino, como Narcís Monturiol. Una ciudad donde se multiplicaban los obreros anarquistas y por la que se paseaba un arquitecto genial, Gaudí, de un catolicismo estricto. Pero, sobre todo, era la ciudad de burgueses industrioses que se entendían a sí mismos como ese gramo de modernidad, de saber estar, de confort y de racionalidad que

le faltaba a Madrid, que, no hace falta decirlo, era la ciudad de los espadones y de los ociosos.

Dentro de un imaginario así le correspondía a Cataluña abanderar España, liderarla, conducirla para que ésta abandonase, de una vez por todas, su caspa proverbial. Tal vez esté –yo no lo creo– haciendo una caricatura excesiva, pero aprovecho para citar aquí a Adorno, quien dijo aquello de que la caricatura es el medio de la verdad. Y quien lea a Pla, o a Agustí Calvet, “Gaziel”, o a tantos como en el mundo han sido, comprobará la coherencia de una cierta visión de fondo que los catalanes siempre han tenido de lo que sucede más allá del Ebro.

Me gustaría, por cierto, insistir en este punto, porque considero que rara vez se tiene clara conciencia de hasta qué punto los implícitos son diferentes en los diversos espacios simbólicos –vamos a llamarlos así– de España. Uno de los problemas obvios de la España contemporánea, y me atrevo a decir de la entera Historia de España, viene dado por el hecho de que será más fácil encontrar un gran número de departamentos de inglés estudiando la obra de algún oscuro escritor de Carolina del Norte que departamentos que sientan cierta curiosidad por lo que se ha escrito y pensado en Barcelona, Bilbao, Sevilla o Santiago de Compostela.

Me atrevería a decir que la ignorancia promedio que las culturas llamadas periféricas tienen entre sí es total y asombrosa, sólo matizada por algunos eruditos probablemente nacionalistas. Y, por supuesto, ni hablemos de la cultura castellana, o mejor madrileña, en relación con ellas. Y digo madrileña porque tampoco estoy muy seguro de la capacidad de captar las capas de significado que puedan darse en Sevilla o León por parte de los constructores de imaginarios radicados en la capital.

Sin embargo, la diversidad de tradiciones intelectuales en España y de atmósferas culturales y políticas es más que notable. Cuando uno lee, por ejemplo, las recientes memorias de Jon Juaristi, que vienen a ser un intento de retrato de una cierta Casa del Padre, se da cuenta de hasta qué punto el entorno de un bilbaíno de las Siete Calles puede ser diferente del de un gallego de la Ciudad vieja compostelana o un barcelonés de L’Eixample. Desde luego, el número de carlistas que allí comparecen es asombroso. Por lo menos a los ojos de alguien que siempre asoció el carlismo con el siglo XIX, pero que nunca tuvo ante sus ojos a un carlista vivo y coleando. Yo he tenido, desde hace mucho tiempo, desde mucho antes de cumplir los cuarenta (que es el momento a partir del cual decía Josep Pla que era intolerable seguir leyendo novelas), la curiosidad de leer memorias y biografías. Hasta hace poco era frecuente oír que en España ése era un género que tenía grandes dificultades, porque siendo éste un país católico, gregario y nada individualista, era muy difícil suponer que nadie se fuese a arriesgar a dejar sus tripas al descubierto frente a la tropa local. Lo cierto, sin embargo, es que en los últimos años ha habido un caudal de autobiografías y memorias, entre las que cabe citar la de Jesús Pardo, Carlos Castilla del Pino o Caballero Bonald, todas de gran mérito literario, que son un instrumento decisivo para entender la Historia reciente de España de un modo vívido. Hay que insistir en ello, para captar la diversidad de atmósferas de las que procedemos.

En el ámbito catalán tal vez ha habido más tradición en el género, acaso por una cierta anglofilia presente en algunos catalanes. Uno no puede dejar de mencionar a Sagarra, a

Gaziel, o más recientemente al jesuita Batllori, que cuenta, por cierto, cómo los negros de Cuba cantaban una copla en los tiempos que precedieron a la independencia de aquel país que decía en una de sus estrofas “¡Quién fuese blanco, aunque fuese catalán!”.

También en Galicia las memorias de Portela Valladares, Emilio González López o Lois Tobío son herramientas indispensables para entendernos. El primero podría ejemplificar, por sí solo, la especificidad del catequismo monárquico. Teniéndose a sí mismo por un patriota español, era, sin embargo, un autonomista gallego convencido, y de hecho, su periódico El Pueblo Gallego fue el refugio durante mucho tiempo de los nacionalistas gallegos, Castela incluido.

Pero tal vez me estoy desviando del asunto. Decía que Cataluña ha comenzado la actual fase de revisión de los estatutos, que ha de acabar, previsiblemente, con una revisión en clave más federal de la Constitución, y que esa negociación apunta tanto a una redefinición de España como a evitar lo que parece ser el dato del momento: la pérdida de la importancia de la economía catalana en el conjunto de la economía española.

La renegociación del modelo territorial es, evidentemente, también una renegociación de los espacios económicos. El aspecto simbólico –la idea de nación– y el aspecto político –la demanda de mayor poder– se ven potenciados por la conciencia de esta crisis de modelo económico, por la idea de que a medio plazo el peso de Cataluña quedaría muy tocado si esa renegociación no tuviese cierto éxito.

Tal vez ustedes se acordarán de un artículo publicado hace unos años por el presidente Maragall, de título, creo recordar, Madrid se ha ido. Fue un artículo que creó cierto estupor, tanto por lo que en él se argumentaba como por quien lo firmaba. En realidad no estoy seguro de que fuese bien entendido aquel texto, tal vez porque no es usual que un dirigente político apunte ideas nuevas, pero, sobre todo, porque la interpretación de un texto no es cosa sólo de su autor, como sabemos todos, sino, sobre todo, de los modos de difusión y de lo que en la cabeza tengan previamente los que lo leen o escuchan.

Lo que allí se venía a sugerir es obvio, sin embargo, y tal vez está en la raíz del actual movimiento de fichas catalán. Madrid casi ha duplicado su población en los últimos veinte años, ha incrementado su peso en el PIB, los grupos mediáticos han crecido y engordado a velocidades de infarto y las grandes empresas, tanto españolas como extranjeras, han hecho de ella su sede. Por otro lado, los límites de Madrid se han ensanchado a una rapidez de vértigo, y de hecho Segovia, Ávila, Toledo y Guadalajara constituyen su comarca. Y naturalmente, todo esto no se ha hecho sin una cierta capacidad inversora del Estado en la capital.

Madrid es hoy, en efecto, una gran metrópoli europea, muy distante del pueblo castellano que era todavía a finales del siglo XIX, como podrá comprobar, por ejemplo, quien lea Los pasos contados, las memorias de Corpus Barga. Por Madrid pasan hoy ciertos flujos internacionales de primera importancia. Madrid es un nódulo de la red de grandes ciudades mundiales, en un tiempo en que las ciudades juegan un papel no menor de lo que lo hacían en la Italia del Renacimiento. Y esto causa cierto estupor.

En una ocasión reciente me repetía un amigo catalán una frase de Unamuno, “a los catalanes siempre les pierde la estética”, que él modernizaba de este modo: “a los catalanes

siempre nos pierde el diseño". A lo que estaba apuntando implícitamente era al temor de que hubiesen estado perdiendo estos años concentrándose en lujosas operaciones de restitución de tejido urbano en Barcelona o en simbolismos patrióticos más o menos *démodés*, mientras Madrid, de modo callado y silencioso, iba ganando la partida.

Porque a Madrid, ciertamente, el Estado de las Autonomías le ha venido muy bien. Tanto que Madrid, en efecto, estaría hoy en las mejores condiciones para articular España, como tal vez no lo ha estado nunca en el transcurso de su Historia. Pero, sin embargo, los catalanes sienten que las bases sobre las que se había construido el pacto ya no sirven. Precisamente porque España va como un tiro y porque Madrid ya no tiene el pelo de la dehesa. Al contrario, la energía que despliega la capital, su dinamismo, su crecimiento, es no sólo insoslayable, sino que, además, se apoya en la indudable capacidad de gentes que ya se lo saben todo, o casi todo.

Tal vez lo que pueda escapar a esta pintura es la radicalidad, el encono, el cabreo, que parece vivirse en la capital española. Al menos eso parece deducirse al escuchar la COPE, que es a las radios lo que los programas de las televisiones de la tarde: el medio que nos permite detectar sentimientos que, sin ella, tal vez no escucharíamos, o al menos no tan nítidamente. ¿Es la COPE la superestructura de esta infraestructura que reclama sus derechos? ¿O es más bien el rumor de esas voces lo que dificulta que Madrid articule España? Lo cierto, en todo caso, es que la manera en que Madrid sepa utilizar su potencial determinará en grado muy considerable el futuro de España. Ahora bien, España no sólo es un Estado plurinacional. También es un Estado policéntrico. A diferencia de París y Londres, que en cierta medida se han comido sus países, Madrid no había tenido jamás ese peso. Es ahora cuando lo tiene o cuando empieza a tenerlo. De ahí que en la consideración que hacía Maragall en el sentido de que España debería abandonar el modelo radial, con todos los vértices puestos en la Puerta del Sol, para pasar a adoptar un modelo en red, vaya implícito un llamamiento a una visión más equilibrada y redistribuida de España. Si se quiere, lo que latía en el artículo de Maragall es el temor interiorizado a perder posiciones y la voluntad de recuperarlas.

Y esto nos lleva a otro punto de no menor interés. Hoy la suerte de los países se decide no sólo a través de lo que el Estado haga o deje de hacer, sino también, en gran medida, por la manera en que los diversos territorios empalman con los grandes flujos mundiales de bienes y servicios, dentro o fuera de la Unión Europea. La referencia de Maragall a la antigua Corona de Aragón ha de ser puesta en este contexto.

En el caso gallego, bien distinto del catalán, como todos sabemos, la euro-región Galicia-Norte de Portugal puede ser el instrumento para efectuar sinergias que las dimensiones físicas, de población, economía, etc., de Galicia por sí sola difícilmente permitirían. La vocación atlántica también puede encontrar nuevas formas de expresión a través de la euro-región. El hecho de que ya no existan fronteras dentro de la Unión Europea y el contexto mundial de la nueva economía ponen viejas cuestiones a la luz de fenómenos estrictamente contemporáneos.

Esto añade una nueva dimensión, a mi parecer, a la discusión sobre la estructura del Estado. Porque –si yo he entendido bien de lo que estamos hablando– a lo que vamos es no sólo a un modelo más o menos federal, sino también a un modelo de federalismo

competitivo. La transparencia que se demanda desde Cataluña es legítima, pero tiene el defecto de que pondrá en claro algunas cosas, y obligará a los gobiernos autonómicos cada vez más a medir sus pasos con gran tiento. La época de las vacas gordas, es de temer, ya ha pasado por el lado de los fondos europeos y, si el resultado del nuevo modelo es que afluayan menores cantidades de dinero a las comunidades autónomas menos ricas, esto obligará a muchas cosas.

Obligaré, primero, a una negociación permanente sobre lo que entendemos, de un modo muy concreto, por solidaridad y por igualdad. Y obligaré también, en un segundo plano, a que espabilen los gobiernos autónomos, que se verán constreñidos, forzados, a hacer política proactiva. No sólo a gestionar dineros para financiar infraestructuras, sanidad o educación, sino también a diseñar estrategias más conscientes de inserción en los flujos económicos de diverso tipo.

De hecho, en España el 20% de la inversión corresponde al Estado, otro 20% a los ayuntamientos y el 60% a las comunidades autónomas. Capacidad inversora no es igual a poder de decisión, desde luego; pero aun así en el futuro los gobiernos autónomos serán más responsables de la suerte de sus ciudadanos –aun dentro del esquema de la solidaridad– y serán, como ya lo están siendo, más responsabilizados por sus ciudadanos. En Galicia, la marea social que la gestión del Prestige ocasionó fue un buen ejemplo de ello.

Ese aumento de competencias en ciernes, esa renegociación de los flujos impositivos, hará que los gobiernos autónomos aumenten considerablemente su poder de decisión. Serán gobiernos con una mayor influencia en la determinación del curso de los acontecimientos. En el caso gallego, por ejemplo, los gobiernos se verán obligados por la necesidad a una mayor definición de objetivos, a generar la formación de nuevas elites, a incentivar la euro-región y a pensar sistemáticamente la inserción en la economía global. Evidentemente una España así, con una gran distribución territorial del poder, ha de acostumbrarse, sin dramatismo ni excesos de elocuencia, a la negociación constante y al pacto permanente.

Además, España ha de reconocerse a sí misma en el modelo de una modernidad líquida. España, de hecho, ha sabido hacer con gran inteligencia su propia deconstrucción, seguida por una posterior reinención sobre bases que, en el momento de ser echadas, carecían de un esquema teleológico claro. Esa flexibilidad ha sido, en el periodo histórico inmediato, una de las claves, si no la clave, de su fuerza. La Transición consistió en un ejercicio continuado de pragmatismo y adaptación. Conviene que España siga sabiendo navegar por sus diferencias y crisis con similar espíritu, sin sacar a pasear los fantasmas de la España, o la Cataluña, o la Galicia eternas, a las primeras de cambio.

Todo lo sólido se disuelve en el aire, dejó escrito Marx en El Manifiesto Comunista, y hay que aprender esa lección. En estos años el Estado de las autonomías no sólo fue más eficiente, sino que permitió la liberación de energías que estaban castradas por el caparazón del viejo Estado centralista, y facilitó el desarrollo de una sociedad civil diversa que supo aprovechar el momento en el que se encontraba. En cierto sentido, por una vez, España supo adelantarse a su tiempo. Por paradójico que haya resultado el proceso, y pese a sus costes, que también los ha tenido, España ha pasado de ser aquel viejo cascarón aherrojado a esta cosa incierta sobre la que hoy estamos debatiendo aquí.

Lo que sería un error –aunque yo tiendo a él, por cierto– sería ver este proceso de transformaciones sólo con una mirada esencialista y/o historicista.

Yo tiendo a esa mirada porque me eduqué –como tantos lo hemos hecho– en la escuela del antifranquismo. Y en esa escuela, lo que se enseñaba es que España había nacido como el producto de una triple expulsión: la de los árabes, judíos y moriscos. Y que había sido un Imperio que se había destacado por su crueldad para con los aborígenes de América, como había denunciado ya el Padre de Las Casas. Y que España había sido Felipe II, el adalid de la Contrarreforma, y que ese Estado-Imperio, que desde sus orígenes había reprimido a los Comuneros de Castilla, había ampliado su dominación a los otros pueblos de la Península. España había sido la patria, si se quiere, de la limpieza étnica y de la intolerancia.

Y lo que hacía peor todavía el relato es que ese Estado-Imperio había sido un fracaso casi desde el comienzo. Un fracaso que se arrastraba lánguidamente hasta la actualidad para volcarse en el molde brutal de la dictadura: Dios, Patria, Rey; eso era España.

Más tarde, la democracia intentó desactivar tanto la versión franquista de la Historia (“por el Estado hacia Dios”) como esta versión alternativa que he mencionado, para conducir a España a un encuentro consigo misma. Nuevos historiadores pretendieron ofrecer espejos de España de mayor equilibrio, a base de exonerar o aminorar sus culpas reales o imaginarias. Pero, a día de hoy, lo cierto es que no se ha logrado fraguar una nueva narrativa producto de un consenso moral auténtico. Ni es probable que esto sea posible a corto plazo. Más tarde volveré sobre esto.

La originalidad del proceso español no radica en que España haya superado su leyenda negra para interpretarse a sí misma en términos de modernidad alcanzada. Más bien lo decisivo ha sido su capacidad para poner entre paréntesis el pasado, al menos por un tiempo, para afirmarse, con cierto descaro de nuevo rico, en los escenarios del presente. Lo importante que ha sido esto –adquirir cierta ligereza– yo lo he notado sobre todo en Polonia. En sólo una semana allí me harté de Historia, y comprendí muy bien que la Historia, en ocasiones, es un fardo demasiado pesado.

La visión historicista que pensase España contemporánea en términos de reconciliación, con su verdadero ser diverso y plural, en oposición a la España vieja y desdentada –el abrazo entre Américo Castro y Sánchez Albornoz–, por decirlo en los términos de un par de generaciones antes, incurriría en el defecto de ignorar que lo que le ha dado fuerza a España en estos años es precisamente su capacidad de adelantarse a los acontecimientos mediante la democracia y una distribución territorial del poder que no sólo ha modulado mayorías en el parlamento español, sino que sobre todo ha sido muy eficaz a la hora de adaptarse a las circunstancias tan lábiles y flexibles del presente.

España no tendría la capacidad de innovación que ha demostrado si no fuese un país libre y plural. El grado de descentralización del que ha gozado España ha permitido la liberación de energías y, a la postre, su desarrollo. Para decirlo con palabras de Manuel Castells, “el centralismo en España ha sido siempre la forma de expresión del Estado, mientras que la sociedad civil ha adoptado siempre formas descentralizadas y de autonomía cultural”.

Hay que insistir, pues, en ello. La recomposición de los espacios económicos, que es el combate de titanes que podemos contemplar como espectadores en este momento cuando vemos pelear a Endesa y Gas Natural, forma parte del telón de fondo en el que se juega la recomposición de los espacios políticos y simbólicos.

Ahora bien, a mi juicio es perturbador que, en el momento en que esa recomposición se está operando, para dar lugar a una nueva distribución del poder, la palabra España tiende a estar monopolizada por la prensa madrileña. De hecho, una de las desgracias incuestionables del momento es que por una suerte de metonimia, Madrid se piense a sí misma como España. De este modo, el combate por el Estado –que es el combate por la asignación de los recursos– se ve perturbado por esta identificación que la derecha, parapetada en la Comunidad de Madrid, hace entre sí misma y España. Hoy por hoy lo cierto es que, en lo fundamental, España es un ítem de la estrategia de la derecha.

Lo que nos lleva al último asunto que quisiera someter a su consideración: ¿es posible poner sobre el tapete una visión de España claramente federalista e incorporar a ella al grueso de la opinión española?

Mentiría si dijese que tengo una respuesta a esa pregunta. No estoy seguro, en absoluto, de que en estos momentos pueda crearse una narrativa compartida. Aunque no sería nada malo si fuese inclusiva; si incluyese, por ejemplo, la visión federalista de Castela. Pero, en todo caso, creo que de ser posible construir una narrativa compartida, esa narrativa tendría que incorporar la idea de que España no sólo es un Estado plurinacional, sino que también existe un país policéntrico. España no sólo no es únicamente Madrid, sino que tampoco es sólo Madrid y Barcelona, o Madrid y Bilbao, o Madrid y Santiago de Compostela, sino también Sevilla, Valencia, Mérida o Salamanca. En el juego que se juega desde que se puso en marcha el Estado de las Autonomías, desde que se optó por el célebre “café para todos”, ya no cabe reducir la lógica de la negociación a dos o tres actores. En la geografía variable en la que se mueve el actual mapa sociológico y político español hay que tomar en consideración esa realidad. No hacerlo implica ceder el espacio a quien sostiene una idea única de España (sea en la derecha o en la izquierda, pero sobre todo en la derecha), ya que sus señales de identidad se confunden con esa posición de defensa o actitud de la España única. En mi opinión la posibilidad de una España federal se vería muy facilitada si se pudiese incorporar a una lógica no centralista a toledanos, a burgaleses, como de algún modo ya lo hizo la construcción del Estado de las Autonomías.

Conviene recordar, de todos modos, que en España no hay peligro de balcanización. No es cierto, simplemente, que entre un señor de Barcelona y uno de Valladolid existan motivos para el odio. En todo caso algo muchísimo más modesto: recelos. Desde luego siempre es molesto que no lo tomen a uno en consideración. Eso está claro. Y desde luego sería una lógica muy desafortunada y hasta perversa que aquellos que pretendemos una España federal no entendiésemos esto: no pueden tomar en consideración a los ciudadanos de Jaén o Zamora únicamente aquellos que, cuando dicen España, sólo piensan en Madrid, o que se identifican a sí mismos con el Estado.

En el plano político la lógica de esto sería una combinación de bilateralismo y multilateralismo, como de hecho parece apuntar el Estatut de Cataluña recientemente aprobado, y

como creo que de algún modo ya lo apuntaba el Estado de las Autonomías actual. Ahora bien, ese plano político, insisto, tendría que corresponderse con una nueva narrativa que no irradiase únicamente desde el centro, sino que asumiese la creación de un imaginario federal. Esa narrativa debería poner en valor no la nostalgia o bucle melancólico alguno –el nacionalismo español también tiene sus propias formas de melancolía–, sino el poder de construcción de algo nuevo.

España ha sido un éxito en los últimos treinta años y ha de seguir siéndolo. Pero tal vez existe esta dificultad: la de saber construir un imaginario válido. Si fuese posible ese imaginario, tendría que ser el que correspondiese, como tipo ideal, a gentes que conocen sus diferencias y sus afinidades, que saben establecer entre sí un diálogo irónico, un diálogo en el que cada uno sepa tomar distancia de sí mismo y que están predispuestos a reinventarse a sí mismos en la libertad, la diversidad y la solidaridad.

José Higuero Manzano (ponente)

■ Desde nuestra reunión en Valencia hasta esta cita en Santiago se han producido acontecimientos extraordinarios que seguro van a fortalecer el mayor enraizamiento de nuestras ideas sobre la España plural. La Fundación decidía el 8 de septiembre (día de Extremadura, por cierto) del pasado año poner en marcha la iniciativa “Alternativas para la España plural” sin demasiadas esperanzas, supongo, en que el principal y más grave problema a saldar, ETA, planteara cambiar sus acciones de lucha armada, sin sitio en nuestra sociedad democrática, y sumarse a la acción política, única vía de trabajo válida para transformar la sociedad desde los valores de la democracia, la justicia y la libertad. Nadie mandó repicar las campanas a continuación, pero todos queremos pensar que tenemos hoy la paz a nuestro alcance, y esto era prioritario para que la negociación política de un nuevo Estatuto vasco configure, dentro del orden constitucional, las legítimas aspiraciones de ese pueblo en orden al modelo político que potencie su futuro. Estamos dando un paso, estos días, que marcará el hito más importante, por parecernos inalcanzable durante todos estos años pasados, hacia una completa normalización política en todo el Estado. Me gustará conocer hoy qué nos dicen Kepa Aulestia y Joseba sobre el tema. Otro acontecimiento que ha ocurrido estos días, apenas perceptible en la prensa que llamamos nacional, ocurrió también esta semana, el lunes, con la aprobación por las Cortes valencianas del nuevo Estatuto de Autonomía de aquella comunidad. Se supera el último trámite para la entrada en vigor del Estatuto que, ahora mismo, alcanza el máximo techo competencial de autogobierno que contempla la Constitución. Pueden adelantarse elecciones, incluye la consideración de nacionalidad histórica y establece la existencia de Agencia Tributaria propia.

Ayer, en el Parlamento, como nos comentaba Nicolás al principio, también se ha dado otro importante paso con el Estatut de Cataluña. El empeño del Presidente Zapatero para configurar la España plural desde las reformas estatutarias que se comprometía a afrontar con su gobierno está en marcha y produciendo resultados. La sociedad observa un escenario de buenos y malos como en las mejores películas americanas. Quienes intentan negociar fumando la pipa de la paz, y los que sólo ven solución con el aniquilamiento de los dueños de los territorios a conquistar. O sea, quienes tienen la mejor disposición a negociar y debatir (socialistas y otros grupos políticos) y los que gritan la venida

de grandes cataclismos y catástrofes para el país (los populares, apoyados por algunos mantos episcopales), cuyo vocerío encuentra amplio eco en la prensa y radio cercanas, con potentísimos altavoces donde la información y la opinión se mezclan y transcurren por tortuosos caminos en los que mentira y maldad cabalgan juntas, pervirtiendo la esencia del ejercicio periodístico.

Los editores tienen la obligación de mostrar claramente diferenciadas a sus lectores la información y la opinión. Los columnistas siempre han de construir sus artículos de opinión sobre hechos veraces y acontecimientos probados. Los medios son imprescindibles en una sociedad democrática, y tienen que desempeñar un importante papel de servicio a los ciudadanos. Pero a veces yo mismo me pregunto si la crispación del PP hubiera llegado a tanto de no haber tenido cerca unas afiladas espuelas de papel y la más envenenada lengua de las ondas.

Los medios nacionales, en general, poco están colaborando en la difusión de la pluralidad de pueblos y culturas que confluyen en el Estado. Parece que España se reduce a País Vasco, Barcelona y Madrid. Y la realidad es que España, en su pluralidad, es un hervidero de actividad política por todas sus esquinas y rincones, de los que nada sabemos, mientras sufrimos la aburrida insistencia sobre la agenda política catalano-vasco-madrileña, como en los mejores tiempos de la España franquista en que sucedía tal cual. Entonces sabíamos que existía este bello país, Galicia, una vez al año por el Consejo de Ministros en el famoso pazo, y de Andalucía, Castilla o Extremadura por las cacerías del dictador. Ni el ejemplar consenso de PP y PSOE en Valencia, un ejemplo de responsabilidad en medio de la crispación, ocupó un breve en la primera página de esos grandes periódicos nacionales, y sólo encontramos esa importante noticia en las páginas de relleno de la otra España, que por cierto es en la que vivimos muchos y en la que vemos pluralidad, que se trabaja y se progresa, que mantiene energía, vitalidad y está cercana a los problemas diarios de los españoles. Una España que nunca es noticia, pero que se siente cómoda en su piel autonómica, sin hacer de ello cuestión de psicosis colectiva y mucho menos intentando convertir esta psicosis en enfermedad contagiosa.

Las apariencias engañan, escribió James A. Joyce. Nada hay tan engañoso y tan atractivo como el mar de Galicia. Lo podemos ver tranquilo y adormecido aceptándonos en sus plácidas orillas en verano, o lanzándose como estos días enfurecido, en el crudo invierno, aplastándolo todo entre espumas y oleaje. Pero como afirmaba el irlandés, el mejor ejemplo de la fragilidad de las apariencias es el hombre.

Los que calzan suéter con ribetes rojos y amarillos y se muestran aduladores, altaneros y exclusivistas, queriendo hacernos creer que son los únicos defensores de España, sólo hacen gala de una indignidad e hipocresía a prueba de 11-M, Prestige y otras mareas negras. La España que yo quiero es parte de Europa y del mundo, plural, democrática y respetuosa con los deseos y las aspiraciones políticas de los pueblos que la forman.

Y es que somos un conjunto de pueblos que históricamente hemos defendido a muerte nuestras identidades particulares. Quizá sólo Roma, y a palos, intentó uniformarnos; pero la cultura, entendida como la manera de ser de las personas en un entorno determinado, no puede extirparse ni a palos ni desde mensajes panfletarios. Los diferentes pueblos de España configuramos una nación plural en la que nos encontramos a gusto

y orgullosos de nuestro origen, sin querer olvidar nunca la Historia particular de nuestros territorios ni la que compartimos con los otros pueblos, y juntos la de España.

Desde mi posición, favorable a un Estado cada vez más descentralizado, me refiero ahora a mi tierra: pienso que Extremadura ha contribuido a su propio desarrollo dentro del desarrollo español, poniendo en práctica las potencialidades permitidas por nuestro sistema político y autonómico y potenciando sentimientos de pertenencia a una tierra concreta que la emigración partió en dos. Fuimos dependientes muchos años. Somos ahora un pueblo pendiente de cómo nos vemos nosotros en el conjunto de los pueblos de España, sin importarnos mucho cómo nos vean los demás. Contribuimos a la España plural desde una madurez extremeña alcanzada en los últimos veinte años, gracias al Estado autonómico, que nos ha permitido valorarnos y compararnos, y en nuestra realidad actual sentirnos viajeros recorriendo un camino con otros españoles que afiance el pluralismo democrático y solidario de nuestro país.

La situación de Extremadura actual, social, cultural y estructuralmente, es consecuencia del modelo que había en la dictadura. En estos años de autogobierno muchas cosas han cambiado. Pero el enorme esfuerzo de la región, con crecimientos económicos superiores durante varios años a la media registrada por el resto del país, ofrecen hoy una radiografía similar a la del comienzo de la Transición. Es a causa de las enormes diferencias que había con otros territorios en la posición de partida. Con el cambio de régimen, al no producirse ruptura, se mantuvieron las mismas inercias. Extremadura continúa ofreciendo pocas oportunidades respecto a los otros territorios, y sigue sufriendo la sangría de la emigración, sólo que ahora exportamos mano de obra universitaria, más cualificada, que se forma en la región con dinero de la región. La dictadura potenció unas cuantas zonas a las que dotó de grandes infraestructuras, universidades e industrias; y condenó a otras a una ruralidad oscura y caciquil donde sólo existía el modo de producción agraria, pagando la mano de obra con especies y un salario miserable y caprichoso que provocó el abandono de la tierra por miles de familias de jornaleros que buscaron en las zonas desarrolladas y en otros países un salario digno y un poco de libertad. Esa sangría emigratoria (un millón de extremeños vive fuera de la región) provocó que hoy un buen porcentaje de líderes políticos en instituciones de otras regiones, destacados escritores de la literatura española actual y representantes de otras organizaciones ubicadas fuera de nuestro territorio sean originariamente extremeños, y estén aportando, desde una cruda experiencia familiar, valores fundamentales de acercamiento, consenso y mayor entendimiento entre los distintos territorios que confluimos en la España plural. Entre otras cosas, están tratando de borrar el tópico atribuido a la gente del sur, subvencionada y vaga, que duerme la siesta sin dar ni golpe, que vive del cuento con el dinero que recibe de otras regiones donde todo el mundo trabaja y paga impuestos para mantener holgazanes. Ningún análisis más depravado, injusto y cruel. Los extremeños que trabajan en el campo, labor que no pueden realizar todos los días del año, como si fueran trabajadores de una empresa de servicios o industrial, porque la preparación del campo tiene unas fechas concretas y otras la recogida de la cosecha, reciben lo que yo llamo el sueldo de la dignidad, para mantener a sus familias los días en que no hay trabajo.

De la bolsa común de nuestra España plural sale ese sueldo de la dignidad que alcanza poco más allá de los 200 euros mensuales. Mientras tanto, de la misma bolsa común del Estado, para otros territorios más desarrollados donde la crisis industrial mandó al

paro a muchos miles de trabajadores (bastantes miles más que jornaleros extremeños del campo existen), de la misma caja común digo, salen cantidades infinitamente más grandes en salarios igual de dignos, pero en sobres mucho más abultados para esos españoles parados y probablemente más ociosos ante la falta de trabajo, ejerciendo de jubilados o pensionistas con edades impropias de esa situación.

En la construcción y el afianzamiento de una España plural, estimo que los principios solidarios y el ejercicio de los mismos por los diferentes pueblos han de ir parejos al desarrollo estatutario y legislativo. Con la difusión generalizada y exacta de las situaciones que se viven en cada territorio para que sean conocidas por todos, lograríamos mayores entendimientos, más comprensión. Y alcanzaríamos consensos. El enfrentamiento desde posiciones enrocadas en el pasado o de ignorancia supina está impidiendo el avance de todos al paso que cada uno se marque, sin que nadie le imponga topes de velocidad.

Pero es verdad que no todo depende del esfuerzo propio. El Estado tiene mucho que decir en el desarrollo de los territorios. El Estado necesita que le recuerden, de vez en cuando, que existen territorios que necesitan acompañamiento en su esfuerzo. Pienso que es el caso de Extremadura. Y la causa es su débil posición en el arranque del Estado democrático, no su trabajo en los años de autogobierno, en los que hizo esfuerzos titánicos para que las distancias con otros territorios no se agrandaran.

La España plural no tiene un lastre en Extremadura, sino un motor más impulsando el progreso del país y de los españoles.

Me sale otra vez la deformación profesional. Aunque la radio oficial nos condene insistentemente a recibir la información diaria del triángulo al que me refería antes (Madrid-Barcelona-Bilbao), y que del resto de España sólo sea noticia el crimen del pueblo aquel, un autobús que se estrella o la nueva víctima de la violencia de género, es cierto que la vida política se da en el resto del país, y en muchos casos con importantes aportaciones para la construcción de la España plural. Desde las instituciones democráticas extremeñas se han provocado situaciones de vanguardia, de reformas autonómicas importantes. Se pidió desde allí la conferencia de presidentes, insistentemente una reforma real del Senado, la participación en los consejos de ministros de la UE, la participación de los gobiernos autonómicos en las cumbres bilaterales. En Extremadura se practica la corresponsabilidad fiscal real con nuevos impuestos a los sectores financiero y energético o a los especuladores del suelo urbano. Se han pedido las conferencias sectoriales horizontales entre regiones sin presencia del Gobierno, y afrontamos las reformas autonómicas desde posiciones prudentes, apoyando siempre al Gobierno del Presidente Zapatero.

Desde Extremadura (junto a las posiciones contra el desarrollo estatutario practicadas por el PP durante sus años de gobierno con mayoría absoluta, en los que hubo cerrojazo para las reformas autonómicas, en una clara demostración de desconfianza con el Estado autonómico) también vemos a los nacionalistas como otro obstáculo para el desarrollo armónico del Estado autonómico, pretendiendo imponer que los avances del sistema se deben a sus presiones, cuando otros pensamos que avanzamos a pesar de los nacionalistas. En Extremadura se afirma –lo acaba de decir el vicepresidente de nuestro Gobierno, Sánchez Amor, en el Instituto Cambò de Barcelona– que la España plural es lo suficientemente

flexible para acoger a ciudadanos que pueden tener ideas muy diferentes de España y de su vinculación con ella. Subyace la idea de que todo el mundo se sienta lo más cómodo posible, sin perjuicio de los perfiles de una convivencia común, en la que todos pongamos de nuestra parte lo necesario para dar satisfacción a esas necesidades reivindicativas, psicológicas, esencialistas o identitarias compatibles con el proyecto común de nuestro país. Y no podemos pensar con los esquemas de la Transición, tiempo en el que no existían unos agentes públicos tan trascendentes como las comunidades autónomas. Y tampoco en seguir admitiendo que hay dos clases de comunidades autónomas, según por la vía que accedieron y que dibuja la Constitución. Considerar España como una nación con todas las consecuencias (nación que acoge en su interior nacionalidades y regiones) es lo más acorde con la Constitución, y ha permitido una sustancial comodidad de todas las identidades y un evidente progreso económico.

El gallego Valle-Inclán, uno de los creadores españoles más interesantes de la Generación del 98, en sus *Luces de Bohemia* presentaba al ciego Max Estrella como la única persona que veía la verdad. Desde su queja amarga de una sociedad insolidaria reclamaba comportamientos éticos, esperanzado en un mundo donde la convivencia en paz propiciara el entendimiento. Hoy en su Galicia podemos continuar esa huella y recordar el mensaje para dar más luz en la apasionante construcción de un Estado moderno y plural, nacido del consenso, la solidaridad y el entendimiento entre todos los pueblos de España.

Ramón Máiz

“ Nos estamos moviendo en la construcción de la España plural: un campo referido a la estructuración del Estado y un campo referido a la redefinición de la nación y de las naciones; de la nación española, y también de las otras naciones y comunidades que habitan en su interior. El nuevo salto que se da en el Estado de las Autonomías nos lleva a centrar el debate, quizás en demasía, en torno a la dimensión jurídica, política, institucional y económica. Temas todos ellos absolutamente decisivos, y que requieren, evidentemente, ante todo una visión normativa para saber hacia dónde vamos; es decir, para superar aquella indeterminación inicial que tanto sirvió al nacimiento del Estado de las Autonomías. Creo que ha llegado ya el momento de enfocarlo desde un punto de vista normativo federal y, por lo tanto, de un federalismo plural, y desde ahí orientar y regular las instituciones y proceder al debate de este nuevo ámbito.

Lo que ocurre con todo esto (aun siendo necesario y extraordinariamente apasionante) es que a menudo olvidamos esa otra dimensión, que es la “idea” de la nación. Las comunidades, la comunidad política, la idea del discurso, del significado, de las narrativas, todo ese mundo de “sentido”, que tiene una dimensión capital política, no solamente cultural, como a veces se dice, y que requiere de un esfuerzo sustantivo. A veces parece como si al diseño de las instituciones, a la federalización del Estado, le supusiéramos un efecto taumático del cual emergiera una nueva manera de entender España. Y creo que no es así. Hablo de una batalla paralela, aparte, conectada, pero no necesariamente tributaria del debate institucional, que es preciso también poner encima de la mesa, como de hecho ocurre en los mundos de la literatura, de nuestro cine, donde la pluralidad de identidades es algo que se utiliza como material creativo. Y, sin embargo, queda huérfano de discurso político

y de debate amplio sobre cómo entendemos España como comunidad, como cultura, como proyecto de convivencia, de relación entre esas ideas.

Creo, en fin, que hay un doble debate que se nos está solapando y que quiero poner sobre la mesa: el tema de la pluralidad. Preocupados como estamos por la España plural (habida cuenta de las enormes resistencias que genera en ese neocentralismo del Partido Popular y de su entorno mediático), quizás no le prestemos la suficiente atención a otra dimensión y a otro debate, e incluso lucha política, que se desarrolla en paralelo, y que consiste en el pluralismo interno de cada una de esas comunidades. No sólo la pluralidad de España, sino la radicalización del pluralismo dentro de las comunidades. El hecho de hablar de Cataluña o Galicia no aclara demasiado; dentro de cada una de estas comunidades hay, como se sabe, no sólo diversos proyectos políticos de comunidad, sino también diversos proyectos culturales. Hay diversas maneras de entender la lengua, la tradición, la historia, la narrativa, el futuro, la relación con otras comunidades. Y creo que no podemos solapar con una nueva homogeneidad de microcomunidades o comunidades subnacionales la homogeneidad heredada de nuestra tradición histórica del XIX, esa idea de España una, grande y libre. Tenemos también que introducir, dentro de este proceso, la idea de comunidades políticas, de Cataluña, Galicia, Euskadi, Valencia o Extremadura como comunidades plurales, es decir, como comunidades que no son simplemente un objeto que ha de ser reconocido por un ente colectivo, por algo totalizante; hay que escuchar el debate interno, las diferentes voces que habitan y debaten en cada una de esas comunidades. Eso nos lleva a entender estas comunidades no como hechos que ya se reconocen, sino como procesos que se están creando; como procesos, además, plurales, en los que hay diversas voces.

Hay que pensar, pues, en garantizar que todas las voces se expresen; en los procedimientos, en la dimensión participativa y deliberativa que tienen que tener esas comunidades y que muchas veces se obvia con la mención de una etiqueta. Creo que la atención a ese pluralismo interno, entendido así, radicalmente, con la misma radicalidad que entendemos España como nación de naciones o como España plural, debe aplicarse al interior de esas comunidades. Porque estamos dando un salto en el autogobierno, y eso implica que nuestros autogobiernos son cada vez más Estados, y tenemos que exigirles a esos Estados de las comunidades autónomas, a estos Estados federados de la federación, los criterios normativos, de exigencia, de control y de calidad democrática que exigimos para el conjunto.

Juan José Solozábal

Quería hacer tres observaciones a la ponencia de Baamonde, por otro lado tan estimulante. En primer lugar, yo creo advertir cierta contradicción al hablar del contraste que hay entre una situación formidable (que comparto, además, su descripción), que es la del Estado de las Autonomías, y otra situación anterior en la que toda desgracia y toda exageración tenían su sitio, diríamos cervantinamente. Yo creo que eso no es así. Es decir, creo que la Historia reciente de España tiene unos aportes y unos elementos de pluralismo y de riqueza considerables. E incluso determinados periodos, desde un punto de vista institucional de esa historia, creo que se pueden mirar desde una óptica más favorable. Estoy hablando básicamente del periodo liberal de la Restauración. Por cierto, reivindicación esta que formuló Ayala en un conocido trabajo suyo,

reeditado por Austral hace unos años. A ti te explicarían la España imperial, pero hubo ciertamente más Españas que ésa.

En segundo lugar, cuando veníamos para aquí, hacíamos referencia al tiempo que habíamos perdido leyendo algunas cosas en nuestra juventud, algunas piezas de literatura. Habíamos incurrido también en algunas exageraciones.

Oyéndote recordaba también la idea de España de Vicens y de Pierre Vilar, que subrayaban el dualismo entre Barcelona y Madrid. Eso se puede hacer con la inteligencia y la finura de estos historiadores; y se puede hacer también de un modo, aunque inteligente, quizás un poco más tosco. Yo os recomiendo la lectura del libro de Gaziél, Las memorias del desierto, para que veáis el estereotipo que este hombre tenía de la España que no era Cataluña. Realmente una cosa asombrosa, pero muy compartida por más gente de la imaginable en nuestra mejor clase política. Yo creo que hay que evitar este tipo de planteamientos o contraposiciones entre el “oasis” y lo demás. Así, por ejemplo, ello ocurre con el Estatuto catalán, que espero va a ser un buen Estatuto, sobre todo después de que pase por el Tribunal Constitucional; pero que se ha hecho incurriendo en algunos defectos desde el comienzo muy serios. Tenemos que evitar el pensar que todo lo que se hace en Cataluña está muy bien y, en cambio, los demás no sabemos hacer nada. Ni lo contrario, por supuesto.

Y en tercer lugar, una observación, que es la siguiente: creo que el problema nuestro no es en absoluto el federalismo. Nos hemos empeñado en decir que no hay diferencias entre el Estado autonómico y el Estado federal, y yo comparto esta idea. Funcionalmente uno de los “rostros” del federalismo es nuestro Estado autonómico. El problema institucional que tenemos es el confederalismo. Es decir, el nacionalismo por supuesto tiene todos sus títulos de legitimidad para proponer un plan de vida a su comunidad; pero los nacionalismos, en relación con España, no suelen ser nacionalismos periféricos, como sabéis, nacionalismos federalistas, sino más bien nacionalismos con planteamientos confederales. Y la confederación es una forma política muy difícil, transitoria y bien débil en su articulación. Es decir, por la confederación se pasa, pero en la confederación uno no se queda. Incluso la Unión Europea es más que una confederación. Creo, pues, que ahí hay un problema y debemos identificarlo: en ocasiones, cuando hablamos de federalismo, deberíamos referirnos en realidad a otra forma política, bien distinta, e inútil y caduca desde mi punto de vista, que es el sistema confederal.

Ramón Villares

Debo decir, en primer lugar, que las dos ponencias han sido estimulantes. Creo que han puesto el dedo en la llaga en muchos aspectos respecto a la situación en la que estamos o que nos pasa. Antón Baamonde ha insistido mucho en una idea que me parece muy feliz, y es que hay una suerte de metonimia de España a propósito de Madrid. Esto, visto desde la llamada periferia, es evidente. Mucha gente tenemos la percepción de que para los opinadores, e incluso para los políticos que actúan en la Corte, España termina al final de la Castellana. Esto no va mucho más allá, pero conviene recordarlo.

Dicho lo cual, me gustaría llamar la atención sobre algunas de las razones por las que estamos aquí, por las que hemos llegado a este problema, y algunas posibilidades no sé si de solución (que creo que no tiene mucha solución), pero por lo menos de intentos de ella. Como historiador debo decir que esto no es nuevo ni reciente. Lo que podemos llamar “el miedo a la diferencia en España” es bastante sólido y bastante antiguo. Basta recordar la cantidad de malicia y desprecio que se ha vertido sobre la experiencia del Sexenio Revolucionario y de la República, y del federalismo en la época republicana; todo lo que Cánovas y todos sus compañeros dijeron sobre las maldades del “viva Cartagena”, hasta lograr pensar que Cartagena es otra cosa distinta de lo que fue Cartagena. Basta ver lo que se decía a principios del siglo XX sobre lo que hacía la Liga de Cataluña respecto de cualquier tratamiento del idioma, la bandera o lo que fuese, o incluso en la República. De modo que esto es un asunto bastante estable y bastante permanente, y no podemos pensar que ha surgido con el franquismo ni con la Transición, sino que debemos darle un tratamiento un poco más largo.

En este sentido, creo que la construcción de los relatos, o de la narrativa histórica sobre España, ha sido tendencialmente demasiado favorable al lugar en que estamos: al Parador de los Reyes Católicos, que no a doña Juana la Beltraneja, por decirlo de un modo muy figurado. Éste es un asunto que viene de lejos y del que todos somos corresponsables. Y en cualquier caso no es fácil de resolver. Yo apuntaría sólo una vía de acción, porque creo que, como dijo Ramón Máiz, aquí hay aspectos jurídico-políticos, o aspectos de acuerdos sobre financiación en los que uno se puede más o menos entender; y hay otros aspectos, que son los más importantes, los que movilizan más los sentimientos, los que crean más pasiones, que son aquellos que podríamos referir a las identidades. Ahí es donde creo que hay que hacer mayor esfuerzo, y no se está haciendo el debido. La pedagogía de la diferencia está muy bien, es un concepto muy bonito, pero tendríamos que darle algo sustantivo; pensar que, por ejemplo, lo que pasa con las lenguas, o lo que pasa con las culturas peninsulares, es de una estanqueidad total. En parte el régimen de las autonomías ha favorecido esto. Por ejemplo, cuando la gente se asombra de que no se pueda llevar a un hijo a un colegio en lengua española en Cataluña, si es que es así, cosa que no creo del todo, nadie se pregunta si una familia catalana en Mérida puede formar a su hijo en catalán. Es obvio que no, pero a nadie le parece importante esto. Yo no estoy sugiriendo que debemos de repente igualar las cuatro lenguas. Lo que estoy sugiriendo es que hay una percepción, atribuida ya de una forma implícita, de que el catalán es cosa de los catalanes, el gallego es cosa de los gallegos, el vasco es cosa de los vascos y el resto no les importa.

Aquí hay un problema que debe resolverse mediante acciones de los medios de comunicación, del Ministerio de Cultura, de lo que sea, encaminadas a que aquello que sea catalán o gallego, sea también español, objeto de protección del Estado español, y no de desprecio o de marginación o de lateralización. Esto es una condición casi imprescindible para que también el español sea tratado de otro modo, en ese pluralismo que antes invocaba, dentro de las comunidades autónomas con lenguas propias. Esto vale para la lengua, pero también para muchos otros aspectos. La literatura, el arte, los elementos simbólicos, todo lo cultural, se han reducido excesivamente, se han arrinconado a cada uno en su sitio, “esto ya no es problema nuestro, lo que pase en Cataluña es problema de los catalanes, o lo que pase en Galicia es problema de los gallegos”. Y esto engendra o incuba un problema a medio plazo. De modo que yo creo que se pueden resolver los estatutos, la financiación... pero lo que no se puede resolver cómodamente son las pasiones. Y las pasiones son estables. Yo cuento muchas veces el asunto de aquel famoso artículo de Pla, que se puede admitir que se

destruya España por todos los costados, pero no la unidad. Se puede destruir la propiedad, la Iglesia, el Ejército, cualquier cosa, pero la unidad de España, no. Esto revela que gestionar sentimientos, gestionar pasiones, es lo más difícil. Y es ahí donde creo que debemos hacer un pequeño esfuerzo y donde debemos llamar la atención.

Antón Costas

Participo del temor de Ramón Máiz sobre una posible tendencia a la homogeneidad dentro de las comunidades autónomas. Me centraré en el tema que me resulta más familiar: lo económico-financiero. Y ahí quería contraponer lo que percibo como un acento diferente entre las dos ponencias. La de Antón Baamonde venía un poco a decir “hacia dónde vamos, hacia dónde va el Estado, hacia dónde va España”. Una de sus conclusiones era: “hacia un federalismo competitivo”. Y señalaba como consecuencias tanto el nuevo diseño de políticas internas de cada comunidad autónoma, como que eso nos obligará a una negociación permanente sobre lo que entendemos por solidaridad. En la intervención de Antón creo percibir un cierto esfuerzo por salir del *statu quo* en el que nos hemos movido hasta ahora en el debate sobre la solidaridad. Pero, sin embargo, sólo para exagerar, José, en la tuya yo observo una posición muy tradicional con respecto al *statu quo*, al debate de los últimos veinte años sobre la solidaridad. Esa referencia al salario digno del extremeño, al salario digno también, pero más elevado, del prejubilado voy a decir catalán... Quiero ser sólo un poco provocativo, pero amigable. Yo creo que el argumento se mueve en un esquema de coordenadas muy tradicional. Porque vamos a ver: ¿en qué medida la propuesta catalana, o el Estatuto catalán, pone en riesgo la solidaridad?, cosa que realmente duele desde Cataluña cuando se escucha eso. Pero ¿en qué medida lo pone? Yo creo que para que el debate, ahora y en el futuro, pueda ser un poco mejor conducido, tenemos que obligarnos a diferenciar entre igualdad y solidaridad, y obligarnos a identificar con qué mecanismos trabajamos esos dos objetivos. El objetivo de igualdad, el principio de igualdad, es un principio constitucional, y en ese sentido, ¿qué hace el Estatuto de Cataluña? Yo creo que intenta una mejor definición y concreción de cómo ha de operar el mecanismo de igualdad. Lo que dice el Estatuto es que hay que entender igualdad como la búsqueda de un sistema de financiación de las comunidades autónomas que garantice que todas las regiones tengan los recursos necesarios para poder asegurar un nivel similar de servicios públicos básicos a todos los ciudadanos, no a todos los territorios. La igualdad se presume como igualdad de individuos, de ciudadanos. Creo, pues, que el esfuerzo que se hace desde Cataluña es un esfuerzo honesto. Va revestido (probablemente es inevitable) de una retórica a veces exagerada o de fuegos de artificio, pero creo que es un esfuerzo honesto por intentar concretar mejor la definición del objetivo de igualdad y a la vez ver qué mecanismos tenemos que articular para conseguirlo.

Otra cosa es la solidaridad. No la podemos asociar con la noción de igualdad. Insisto: la igualdad consiste en el acceso para todos los ciudadanos a unos servicios públicos básicos (hemos de definir lo que entendemos básico en cada situación); pero la solidaridad es un sentimiento, una realidad más compleja, que no tiene, además, unos mecanismos específicos. Se practica la solidaridad a través de la Seguridad Social, se practica la solidaridad a través de los fondos de compensación interterritorial del Estado, a través de los fondos estructurales europeos, y a través de la tarifa eléctrica única, creedme, se practica también. Es decir, los mecanismos de solidaridad son muy variados, y

tenemos que acostumbrarnos a definirlos y negociarlos de una forma constante. Pero yo ahí de nuevo, José, para provocarte, te veo con un esquema muy tradicional, que probablemente también azuza o acentúa el debate.

Dicho esto, tenemos Estatuto, o creo que lo tendremos el 18 de junio. Tenemos Estatuto, pero no tenemos el nuevo sistema de financiación. Eso va a ser la tremenda batalla a partir del mes de septiembre o de octubre. Y dejadme aquí como medio catalán y medio gallego hacer un pronóstico: me temo que Cataluña, en el nuevo sistema, no va a salir beneficiada. Hubiese salido más beneficiada caso de negociar una a una las necesidades. Cuando negociamos el problema de la sanidad, se obtiene un fondo para atender el problema de sanidad en Cataluña. Si hubiésemos negociado el problema serio y grave de la inmigración, yo creo que más intenso que en el caso de Extremadura o Galicia, probablemente en Cataluña se hubiese obtenido una mejor visión de sus necesidades. Mi temor es que en el nuevo sistema de financiación que habrá que negociar con uñas, dientes y todo lo demás a partir de septiembre u octubre, probablemente Cataluña no va a salir beneficiada. Creo que tenemos que hacer un esfuerzo notable a lo largo de toda nuestra vida, e intentar diseñar estrategias que las escuelas de negocios llaman ahora del *win-win*, del “tú ganas, yo gano”, es decir, “si tú estás bien, yo estoy bien”. Y yo creo que hemos de ver también esto. Difícil, Moncho. Pero no hay más remedio. A esto estamos abocados y para eso estamos aquí. Nada más, quería provocarte un poco sólo, José, pero amistosamente.

Henrique Monteagudo

Yo quería retomar el hilo que se estaba tejiendo antes por parte de Ramón Máiz y de Ramón Villares. No sé si esto desestructura el coloquio, pero bueno. A la luz de las intervenciones de Antón Baamonde y José Higuero hablaron Ramón Máiz y Villares de pedagogía del pluralismo.

Quisiera centrar mi reflexión en aquello que apuntó Máiz de los problemas de tipo cultural. Yo creo que hay que pensar en lo que es la construcción del imaginario, del modelo de español, del ciudadano español o de la ciudadana española, y las instituciones que ayudan a crear este modelo; y en los medios para difundir este modelo y las maneras en que este modelo se asume, se negocia y se va construyendo entre todos (no hablo de lo que puede ser la creación individual, que es totalmente libre). Hay, por una parte, unas instituciones que ayudan a crear este modelo o que lo están generando. Hay un sistema educativo que lo difunde, que lo impone, que instruye en él, y hay unos medios de comunicación que están colaborando muy activamente a difundir y a crear determinados modelos de lo que se entiende, y se debe entender, por ser español.

Ciertamente, mi percepción es que la realidad actual en este aspecto no se corresponde en absoluto con el cambio que se ha producido en el plano político de la construcción de las autonomías. Instituciones como la Real Academia Española, el sistema educativo español en general, y sobre todo el universitario, para no hablar de los medios de comunicación (de lo que ya se han dicho unas cuantas cosas aquí), continúan básicamente anclados en un modelo de lo español absolutamente periclitado. En ese modelo, el gallego, el vasco, el

catalán, el andaluz, el extremeño o valenciano (que no se ajustan a esa concreta manera de ser español) somos algo así como españoles defectuosos. O sea, uno no puede ser español siendo gallego; simplemente hablando gallego ya no se es tan español como hablando castellano. Hay una manera de ver lo español que está muy centrada en la tradición cultural del centro, castellana, del Estado centralista. Todo lo más se llega a admitir que pueda haber otras formas, pero que son formas deficientes o subsidiarias; formas que hay que tolerar, pero que no se colocan en pie de igualdad, o no se colocan por lo menos en diálogo entre iguales con ese viejo modelo de lo español.

Esto naturalmente es un problema muy complejo. No es un problema sólo de Estado ni es un problema sólo de política estrictamente, porque, ya digo, involucra a toda una tradición cultural, a todos los grupos intelectuales, a toda una serie de instituciones, como estas Reales Academias, por ejemplo. Se ve muy palmariamente allí donde el Estado puede actuar de una forma muy clara y muy directa, como es en el sistema educativo. El amigo Villares comentaba hace un momento algo que yo quiero retomar ahora. A título de ejemplo, voy a exponer mi experiencia personal. Yo soy profesor de Sociolingüística Gallega. Como tal, he pronunciado conferencias, he participado en seminarios, he impartido cursos de doctorado en Lisboa, Oxford, Nueva York, Buenos Aires, Salvador de Bahía, Berlín, París... Pues bien, prácticamente nunca he tenido oportunidad de hacerlo en una universidad española (bueno, naturalmente sí en Barcelona, en muchas oportunidades). Sólo excepcionalmente en Madrid, alguna vez en Salamanca, y creo que he acabado de contar. Yo creo que esto es como para pensar qué pasa aquí. ¿Por qué interesa informarse de la situación de la lengua y de la literatura gallega en Cerdeña, Amberes o California y parece que no interesa en Valladolid, en Sevilla...?

Aquí hay un problema serio, como se hablaba antes, de estanqueidad, de incomunicabilidad y de entender que, una vez que se nos dieron las autonomías, nosotros nos tendremos que entender con el gallego, los vascos con el eusquera, los catalanes con el catalán, etc., y lo realmente importante, lo que cuenta de verdad, lo de siempre, es el español. Se ve también en los modelos como el Instituto Cervantes, por mucho que hay un esfuerzo para abrirlo. Pero es un esfuerzo por abrirlo casi de simpatía personal; no es un esfuerzo de política y de concepción cabal del Estado como un Estado plural que asuma el concepto de que el gallego es una lengua tan española como el castellano (salvadas las diferencias demográficas, de extensión, difusión, etc., que no se le escapan a nadie).

Ésta es la cuestión que yo quería poner en la mesa. Máiz apuntaba, creo que con acierto, que, evidentemente, si tenemos que cambiar el modelo de lo que es ser español, de la identidad española, también tenemos que cambiar el modelo de la identidad vasca, gallega, etc. Por supuesto el pluralismo hay que repartirlo, hay que abrirlo en todos los sentidos, pero mi percepción es que hoy el problema más grueso, el principal, continúa siendo el modelo que se difunde, que se crea, que se impone también, que se instruye, desde el centro.

Joseba Arregi

“ Procuraré ser breve y no provocar demasiado. Comenzaré con una cosa bastante sencilla, y tiene mucho que ver con lo que acaba de decir el profesor Monteaudo y lo que ha planteado también Ramón Máiz: las pluralidades internas a cada uno

de aquellos que componen la pluralidad española. Y contando una anécdota sencilla, cuando con Diego López Garrido publicamos un librito que se titulaba Ser nacionalista, yo contaba algo de mi biografía intelectual; y un amigo, que es de Bilbao, es decir, a noventa kilómetros de donde nací yo en Guipúzcoa, que es diplomático (en estos momentos cónsul general de España en Moscú), me decía: “cuando leí esto, me parecía que estaba leyendo la historia de un aborigen de Australia. Es decir, me resultaba a mí, como castellano-parlante, bilbaíno, liberal de siempre, la historia de alguien que pertenece a una cultura que a mí, que he nacido a noventa kilómetros de distancia, me resulta totalmente extraña”. Eso pasa en noventa kilómetros dentro de Euskadi, entre Bilbao y Andoain. Yo nací en Andoain, un pueblecito pequeño, y él es de Bilbao. Es decir, los espacios, los imaginarios de distancias, de culturas distintas, etc., tienen no solamente que ver con distintas identidades, con distintas lenguas; tienen que ver con tradición urbana, tradición rural, más o menos demografía, industrialización, no industrialización, tradiciones histórico-políticas, Bilbao fundamentalmente liberal, Andoain mitad carlista y mitad liberal y luego mitad nacionalista y no se sabe qué. Es decir, no solamente es cuestión de España es plural, también Euskadi es plural. Y ese pluralismo no es solamente una cuestión de identidades y de lenguas, sino que a todo ello hay que añadirle otros elementos que nutren el pluralismo, como las tradiciones, historias, política, ideología, urbanidad, urbanización o no urbanización, cultura urbana, cultura rural, etc., y hasta los elementos demográficos.

En segundo lugar, yo creo que en esta mesa no habrá nadie que no diga que esté a favor de la España plural. Podremos añadir o no que también Euskadi hay que concebirla como plural, y algo diré al respecto. Pero me falta en todo este debate el esfuerzo por definir en qué consiste el pluralismo. El pluralismo es el gran problema que ha tenido toda la cultura moderna, que se ha movido siempre entre un unitarismo, la búsqueda de una homogeneidad que terminó siendo búsqueda de una totalidad e incluso del totalitarismo, por un lado, que es la referencia que escuchamos casi siempre cuando hablamos de pluralismo: “estamos en contra de la homogeneidad, del unitarismo, de las totalidades, por supuesto de los totalitarismos, etc.”. Pero normalmente no miramos al otro extremo, al otro peligro, que en Europa por lo menos a lo largo del siglo XIX ha estado siempre presente cuando se ha tratado de definir el pluralismo: la desintegración. Al bueno de Durkheim, después del desastre de Sedán en 1870, en la guerra franco-prusiana, los radicales socialistas franceses le encargan que inventase una nueva ciencia precisamente para evitar la desintegración de la sociedad francesa. Y todo el esfuerzo, todas las definiciones de anomia, todas las patologías sociales que va descubriendo Durkheim son precisamente patologías que orientan hacia la desintegración, y frente a eso hay que definir la concepción de una sociedad como totalidad. Me falta, pues, un poquitín de esfuerzo por definir el pluralismo. Cito solamente el nombre de Sartori, y sin ánimo de provocar, que define el pluralismo como contrario al multiculturalismo. Somos todos muy plurales, pero ¿estamos hablando de lo mismo? ¿Cómo se define y cuáles son las condiciones para que el pluralismo pueda existir? ETA es el ejemplo clarísimo de una búsqueda de homogeneidad. Lo que ha pretendido ETA es precisamente, escudándose en el pluralismo hacia fuera, negar el pluralismo *ad intra* e intentar imponer una homogeneidad en el sentimiento de pertenencia; y si imponerla no se puede, buscar que la mayoría de la sociedad vasca decida el sentimiento de pertenencia, dejando fuera de la definición de la sociedad a los que no participan de ese sentimiento de pertenencia mayoritario (si es que esa mayoría existe, respecto a lo cual a veces tengo bastantes dudas). ETA va a desaparecer. En ese sentido soy optimista, creo que es un buen paso. Que-

da el segundo paso, que lo tienen que dar también ellos. No caigamos en la tentación ahora de empezar a pensar que “la pelota está en el tejado del Gobierno” ni de nadie. No, la pelota sigue estando en el tejado de ETA, que tiene que dar el paso definitivo de disolverse. Pero el problema de lo que ha pretendido ETA sigue estando presente. Es decir, vamos a seguir teniendo que defender el pluralismo interno de la sociedad vasca, y que la sociedad vasca no se puede definir como conjunto de la sociedad; y no se pueden definir sus instituciones y su marco jurídico-político solamente a partir de una supuesta mayoría en el sentimiento de pertenencia homogénea que es la nacionalista. Esa batalla va a seguir existiendo, incluso después de que desaparezca ETA. A veces pienso que la alegría dura poco en casa del pobre. Es decir, desaparecerá ETA, pero nos tocará seguir defendiendo este pluralismo. En la tradición vasca ha existido un concepto de doble lealtad, que yo creo que puede describir bastante bien lo que tratamos de decir con este pluralismo; porque es la pluralidad, la Nación de naciones que es España, la España federal, etc., quien tiene que funcionar con esta doble lealtad: lealtad a Galicia, lealtad a Cataluña, lealtad a Euskadi, lealtad a Extremadura, y lealtad a España Estado. Lealtad al conjunto de reglas de convivencia que permiten todos. Pero eso también significa que tiene que haber doble garantía de las libertades y de los derechos. Es decir, eso también tiene una consecuencia en la forma de articular los propios estatutos de autonomía, y de articular las instituciones comunes de todos; a esa doble lealtad le corresponde también una doble garantía de libertades y de derechos.

Para terminar, nos encontramos ante un problema que tiene difícil solución, y me refiero ahora a lo que acaba de plantear el señor Monteagudo. Claro que nos gustaría a todos que un extremeño, o un andaluz, o un madrileño entendieran que el euskera es también suyo, pero va a ser bastante difícil. El pluralismo tiene también identidades complejas. Nos referimos siempre a la identidad vasca, a la identidad catalana. No. La identidad vasca es una identidad muy compleja. Es una identidad plural, no existe la identidad vasca, no existe la cultura vasca, existen identidades vascas y una complejidad enorme y una riqueza enorme de identidad en el conjunto de la sociedad vasca. Pero la complejidad de identidades es mucho más fácil, o más necesaria por decirlo de otra forma, en aquellas sociedades que son lingüísticamente complejas que en aquellas sociedades que son lingüísticamente homogéneas. Es la gran diferencia. A mí no me supone ningún problema tener una identidad lingüística, cultural y de tradiciones compleja, porque es mi modo de vivir, y yo lo considero como un valor; y me dan pena aquellos que no lo pueden tener, pero tampoco tienen la presión de desarrollar una identidad compleja. Sí se les debe pedir que sientan por lo menos su propia identidad como potencialmente plural, aunque no tengan la presión diaria de manejarse en varias tradiciones, en varias lenguas, cosa que les llevaría necesariamente a vivir una identidad compleja. La identidad compleja va a existir en aquellas sociedades que necesitan del bilingüismo. Y todos sabemos que bilingües, por lo menos en Euskadi, somos aquellos que sabemos euskera. Los que tienen solamente el español como lengua única no son bilingües. Bilingües somos los otros. Pero eso es, para mí, una gran riqueza. Y la identidad compleja va a ser una identidad asimétrica. Es decir, la sociedad gallega, la catalana y la vasca son sociedades en las que la lengua española ha entrado y es vehículo normal de comunicación muchas veces. En cambio, ni el gallego ni el euskera ni el catalán son lenguas que han entrado en Madrid, en Extremadura, en Andalucía. No forman parte permanente de la vida diaria. Sí que forman parte del Estado, pero no de la sociedad diariamente, y eso crea una asimetría que yo creo que es bastante difícil de superar. Hay que superarla por otras vías de derechos y de apuestas institucionales, pero va a ser muy difícil crearla. Y a partir de esa complejidad identitaria, las narrativas que se puedan crear

van a ser también narrativas complejas. No va a haber una narrativa unitaria. La unitaria solamente puede ser aquella que se refiere a las normas de convivencia que hacen posible que todos vivamos, incluido el pluralismo. El pluralismo es inconcebible si no hay un marco común de reglas comunes de convivencia. Sólo entonces se puede hablar de pluralismo. Si no, se habla de desintegración. La narrativa tiene que ser tremendamente formal, y la identificación tiene que serlo solamente con las normas de convivencia descritas en el marco constitucional. A partir de ahí las narrativas serán más o menos comunicadas entre sí, pero van a ser complejas, múltiples y plurales.

Xavier Rubert de Ventós

Permitidme dos observaciones pesimistas o problemáticas. Cuando Pascual Maragall planteó el nuevo Estatuto, su obsesión era que dejara de ser cierto esto que nos crípa a tantos: que Cataluña siguiera siendo este eterno lamento, esta queja, este conseguir pescado en el cesto hoy, y... mañana, y reticencia porque “qué van a pensar en Madrid”. Ser catalanista en un mundo así es asqueroso, es pesado, es desgastante. Maragall esperaba que hubiera un Estatuto lo bastante radical que rompiera una realidad a la que yo llamo pobreza política de Cataluña, entendiendo por ella la desproporción entre la realidad demográfica, cultural, geoestratégica de Cataluña y su capacidad de negociar con el mundo para adentro y para afuera; Pascual Maragall es de las personas más españolistas y más proclives a tener relaciones tranquilas que yo conozco. Pero para abrazarse hay que ser dos. Y no nos acaban de dejar ser lo bastante dos para que yo no me sienta atado, más que abrazado. Lo que no hay duda es que Maragall pretendía eso. Y lo que yo dudo es que el Estatuto que ha salido tenga esta virtud. Curiosamente, este Estatuto, rebajado en lo que todos sabemos, es un caldo de cultivo para la retórica, tanto la convergente como la de Esquerra Republicana. Para la convergente porque, como tú decías, Antón, ahora va a empezar el asunto del financiamiento, y esto les dará la ocasión de seguir con su línea de debate; y para la de Esquerra Republicana porque, al ver cómo va creciendo este desfase entre pobreza política, realidad socioeconómica y el hecho de que Madrid siga pensando “¡estos catalanes, con su arancel!”, también les proporciona la ocasión de no apearse de su línea de debate... Sin embargo, resulta que esas retóricas son frustrantes, porque la realidad ha cambiado: Barcelona ya es mucho más parecida a Madrid y Madrid es mucho más parecida a Barcelona, y, por tanto, somos mucho menos complementarios de lo que éramos. Seguir, pues, con estas retóricas hará que crezca un tres por ciento cada año el independentismo; favorecerá la retórica de Convergència i Unió, que he visto que le tentaba a Zapatero. Por tanto, primera observación, yo dudo de que el Estatuto tal como está ahora tenga las virtudes que hubiera tenido aquel que podía ser acusado de cierto bilateralismo por un lado, y, por otro, de “¿cómo vamos a organizar Ciudad Real según lo que acuerden Carod y Maragall?”.

La segunda observación tiene que ver con la autodeterminación. La palabra autodeterminación todos sabemos que ha sido usada para lo peor. Wilson armó un cristo con esta palabra. Todo el mundo dice que habría que borrarla. Quizá sí, pero yo quisiera que al menos quienes están contra toda idea de autodeterminación tuvieran conciencia de hasta qué punto es éste un argumento vernáculo, histórico, tradicionalista, y no digo de las JONS. Ferrán Requejo, profesor de la Universidad de Barcelona, ha explicado muy bien que no hay una teoría del perfil de una democracia. En una democracia, todos lo

sabemos, hay legislativo, ejecutivo, judicial... hay unas reglas de juego democrático. Ahora bien, ¿cuál es el perfil? Nadie lo ha definido. Entonces, ¿por qué alguien dice de pronto “esto es intocable”? Quiere decir que, como ya escribí en un artículo un poco grosero, las unidades históricas son la resulta de la mezcla de la sangre de los soldados y el semen de los monarcas. Esta mezcla configuró el mapa europeo, o sea, cachos pintados de verde y cachos pintados de azul resultantes de la Guerra de los Cien Años, del Tratado de los Pirineos... Y, “¡ah, eso es intocable!”. ¿Quién es aquí el étnico, el historicista? Yo no creo que sea intocable. Porque no es más importante la alianza matrimonial que hizo un Habsburgo con no sé quién, que la definición de qué es un sujeto político. Estos sujetos políticos han sido definidos eternamente por esta sangre y este semen, y el ámbito dentro del cual la democracia se ejerce es una cosa que tienen derecho a decidir los individuos que viven en ella.

Dolores Vilavedra

“ Querría continuar con la cuestión de la estanqueidad lingüístico-identitaria. Efectivamente aquí somos muy conscientes de ella, la sufrimos. Y la solución que se le da a veces desde la cultura canónica central es muy poco convincente, porque es la fagocitación, la apropiación del patrimonio que generan las culturas periféricas. Voy a poner un ejemplo muy concreto, aprovechando que está Suso por aquí. Tanto Suso de Toro como Manuel Rivas, cada vez que ganan un Premio Nacional, lo ganan con sus obras traducidas, es decir, los medios de comunicación dicen que Suso de Toro ha ganado el Premio Nacional de Narrativa con Trece campanadas y no con Trece badaladas, o que Manuel Rivas ha ganado el Premio Nacional de Narrativa con ¿Qué me quieres, amor? y no ¿Qué me quieres, amor? Esto parece anécdota, pero yo creo que es un síntoma, efectivamente, de cómo muchas veces se contrarresta esa tendencia a que el gallego sea cosa de gallegos, el vasco de vascos, y el catalán de catalanes, con “el castellano es de todos”; y entonces aplicamos esa especie de rodillo implacable de las culturas poderosas, y lo fagocitamos todo y nos apropiamos de todo. Me parece importante el tema de la pedagogía de la diferencia: en mi experiencia limitada la he ejercido y, sorprendentemente para mí, con éxito. Como traductora me temía que iba a tener que discutir fervorosamente con las grandes editoriales madrileñas y catalanas (o con sede en Cataluña, porque ahora las editoriales ya no son de ningún sitio) cuando, al traducir a escritores como Suso o como Rivas, opté por dejar algunas palabras en gallego. Un poco porque a veces hay cosas que son difíciles de traducir, y otras veces por pedagogía de la diferencia. Yo me temía una cierta resistencia de los editores; pero no se produjo, tengo que decirlo con gratitud. Creo que es bueno que los ciudadanos españoles, los lectores que leen en castellano, se tropiecen habitualmente con esto, con la evidencia de que España lingüísticamente es compleja y que de esa complejidad sólo puede salir riqueza. Y hay que demostrarlo en la práctica, no sólo en la teoría.

Por otro lado (aunque tangencialmente algo tiene que ver con lo que acabo de decir), quisiera hablar de la experiencia extremeña. Me intriga y seduce mucho cómo han resuelto, y cuánto han avanzado, en el tema de la relación con Portugal. Tal vez sea llevar la discusión demasiado lejos. Tenemos bastante que arreglar dentro de esa casa común que es España, como para ponernos ahora a mirar afuera. Sin embargo, creo que la forma en que nos posicionamos respecto al otro, a la alteridad, ayuda a definir y a encontrar un lugar común. Los extremeños han avanzado mucho en la relación con Portugal,

mientras en Galicia o bien seguimos afectados por una especie de saudade permanente, de nostalgia por ese hermano portugués del que la Historia nos ha ido separando y que ya es casi un primo lejano en este momento, o bien hemos dejado la cuestión en manos de un cierto irredentismo resistente que yo creo que no nos beneficia nada. Cuando desde instituciones universitarias y culturales hemos intentado estrechar lazos, la experiencia es pésima. No podemos establecer relaciones bilaterales sin pasar por Madrid, sobre todo porque Portugal lo impide tal y como es su organización institucional. Pero también es sorprendente que este nuevo Gobierno gallego no haya avanzado nada, ni un milímetro, en este sentido. Se podía haber buscado un embajador de oficio. Ya sé que no podemos tener responsabilidades en política exterior. No se ha hecho algo tan fácil, por ejemplo, como firmar un acuerdo de intercambio de profesores, y establecer (por lo menos en la zona de frontera) el portugués como segunda lengua en nuestro sistema escolar, y ofrecer a cambio contrapartidas en este sentido. Yo no sé qué le pasa a este Gobierno. Quizá no es de esperar que el Gobierno central resuelva estas cuestiones, pero sí podríamos haber tomado nosotros iniciativas. Aunque también me sorprende que el Gobierno central no utilice esta vía para avanzar en ese policentrismo al que se refería antes Antón. España es bastante grande, tiene una posición geoestratégica curiosa, cuando menos; quizá delegando cotas de responsabilidad en las respectivas comunidades autónomas (en el caso de Galicia serían Portugal y Latinoamérica) se podría avanzar un poco en la descentralización *de facto*, se podría avanzar en ese policentrismo que va a ser tan difícil.

Me han gustado vuestras intervenciones porque me parecieron muy optimistas. No sé si es un *desideratum* lo que formulabais. Me quedé estupefacta. Ojalá las cosas fuesen así. No sé si luego tendremos oportunidad, aunque sea de forma informal, de saber más de cómo y de por qué ha avanzado (y ha decidido apostar tan fuerte) Extremadura por esta vía; cuáles son los resultados que se han obtenido a cambio. E insisto en dejar constancia de mi pasmo ante el hecho de que Galicia no haya avanzado en este sentido. Yo no sé si alguien le puede transmitir a los responsables del Gobierno gallego actual que ahí hay un camino abierto del que me parece que sólo pueden salir resultados positivos.

Bieito Iglesias

Yo quería hablar sobre el problema de que la pluralidad nacional es una excepción en Europa. Es decir, que Francia, Italia, Inglaterra, y todos los Estados que fueron eficaces y supieron hacer sus deberes liquidaron las culturas minoritarias y las lenguas minoritarias. Es decir, el Estado francés en 1792 se encontró con que en el hexágono había un 40% de francoparlantes, y ahora debe ser el noventa y pico por ciento. Cuando Italia se unificó, a mediados del siglo XIX, hablaba toscano el 20% de la población. El Estado italiano declaró el toscano como italiano oficial, y ha conseguido abducir al lombardo, al piemontés, al siciliano. Ésa es la lógica que aplican los Estados y los mercados que acota el Estado: el mercado mediático, periodístico, los agentes sociosemióticos del Estado (dicho en una jerga fea, pero que existe). Hablamos de los profesores, los periodistas... Por ejemplo, yo soy un agente sociosemiótico del Estado, aunque actúo como quintacolumnista y en contra de los designios que tendría la obligación de seguir, que es abducir a los chicos para contarles que ése es su rol en una tradición histórica, lingüística española. Lo que sucedió con el Estado español es que, por su atraso económico en el siglo XIX, por no haber tenido una

Revolución Industrial, por una serie de circunstancias como el hecho de que fueran más desarrolladas económicamente Cataluña o el País Vasco que Madrid, que era la capital, por no contar con un París que en Francia devoró la cultura y la economía francesa, la concentró y creó un pilar del nacionalismo francés, se da la rareza de que en el año 2006 el 60% de los gallegos tenga como lengua habitual el gallego. Esto se debe, insisto, a una torpeza del Estado español, y al hecho de que los nacionalismos vasco y catalán son los únicos mayoritarios en Europa. No es el caso del escocés ni el galés ni el bretón ni el provenzal ni el alsaciano; los únicos nacionalismos exitosos en Europa, si éxito es ser más o menos mayoritarios, tener el 40% o el 50% del electorado, son el vasco y el catalán. Creo que es interesante comentar esto, porque la posibilidad de que exista una España plural sería una rareza extraordinaria, ya que no existe una Francia plural, ni una Italia plural, ni una Inglaterra plural. Los únicos lugares de Europa que son plurales desde el punto de vista lingüístico son Bélgica y Suiza, donde se da una circunstancia rarísima, y es que hay un equilibrio demográfico. En Bélgica el 60% habla flamenco, casi el 40% habla francés (y al lado tienen a Francia). En Suiza, la otra excepción, el 60% habla alemán; el 20% habla francés y también tienen a Francia al lado; unos poquitos hablan italiano, pero tienen 55 millones de italianos al lado. Es decir, que salvo Suiza y Bélgica no veo ningún lugar donde haya pluralismo lingüístico. Aquí no lo habrá. El gallego está en un proceso de sustitución y dentro de cincuenta años o sesenta desaparecerá. Y no digo esto con melancolía, porque claro, muchas veces se acusa un poco a estos discursos de victimistas, de melancólicos.

Yo no soy nada melancólico. Simplemente cuando era joven creí que el nacionalismo gallego iba a ser como el noruego, exitoso (Noruega se independizó de Suecia en 1905), y que entonces *La voz de Galicia*, *El faro de Vigo*, etc., estarían en gallego; seríamos tan totalitarios y tan malos como los noruegos, a los que nadie les dice que son totalitarios ni antipluralistas; o como los portugueses, que tuvieron el vicio de independizarse no una, sino tres veces de España, y, sin embargo, nadie va a Portugal a decir “oh, qué totalitarios sois, qué desgraciados y qué poco pluralistas sois con los vuestros”. Tuve esa tentación de joven, y después comprobé que efectivamente el nacionalismo gallego no iba a ser mayoritario. Y, como soy demócrata, lo acepto. Yo acepté siempre que, si Galicia quiere ser fraguiana o quiere ser otra cosa, me parece bien. Lo acepto y ya está. Lo contrario sería ser un antidemócrata y ser un totalitario. Ser demócrata consiste en aceptar las cosas cuando uno va perdiendo, porque, cuando se va ganando, lo es cualquiera. En Galicia, en realidad, no tenemos pluralismo interno. Porque el nacionalismo gallego ha sido democrático y afortunadamente no hay asesinos de Milwaukee que maten a nadie por una cuestión política. Hubo sólo algún brote que felizmente se reprimió. Yo no me veo muy distinto de un señor del Partido Popular, ni del PSOE. Creo simplemente que hay un proyecto político minoritario y otro mayoritario. Lo que me pregunto es: ¿y si fuera mayoritario, como ocurre en Cataluña, que hay un Estatuto que tiene el 90% del respaldo del Parlamento? Si yo acepto la mayoría de Fraga en Galicia y renuncio a mi proyecto nacionalista, ¿por qué razón si el nacionalismo fuera mayoritario en Galicia sería imposible porque de todas maneras habría que consultar al Parlamento de Madrid? Este es el problema de la autodeterminación del que hablaba alguien antes. Si ni siquiera con el 90% de los votos se puede sacar un Estatuto en Madrid, lo que ocurrirá en el futuro es que no habrá partidos nacionalistas. Podría haber partidos regionalistas... Pero, si bien el nacionalismo (o el soberanismo o el autodeterminismo) puede parecer una causa quimérica, o estúpida, o malvada (cada uno puede opinar lo que quiere), sin embargo, es una causa plausible. En cambio, el regionalismo, en mi opinión, es

del género tonto. Es decir, si yo de joven hubiera pensado que en Galicia los periódicos no iban a estar en gallego, que no iba a haber un autogobierno real, etc., y que todo lo que se iba a conseguir era una selección gallega que jugase por Navidades y unas clases de gallego en las aulas, hubiera ingresado en el nacionalismo español, porque no soy tonto. ¿Quién se miniaturiza voluntariamente? ¿Cómo voy a escribir yo en gallego si supiera que el gallego iba a ser una lengua muerta? Por supuesto que no. Escribiría en una superlengua y militaría en partidos que dan mucha más cancha. Insisto: el proyecto nacionalista puede ser quimérico (de hecho en Galicia lo es), pero el regionalismo es una auténtica estupidez. Así que, en cuanto los nacionalistas comprueben que no es posible sobrepasar cierto grado de pluralidad en España, se disolverán. Y entonces ya no habrá que sufrir por el problema del nacionalismo, porque ya no habrá nacionalistas. Estaremos todos felices y seremos todos franceses.

Luis Arias Argüelles

“ Como republicano convicto y como ciudadano y escritor que habita en esa insularidad existencial que es Asturias, agradezco la oportunidad que se me brinda de hablar en un foro tan importante como éste.

Antes de nada quiero hacer una mención a la novela *La tribuna*, protagonizada por un personaje que rompe los tópicos de la famosa *Carmen de Mérimée*, aunque también sea cigarrera. Es decir, aquí en Galicia se publica la novela por excelencia sobre lo que fue la I República y el federalismo. Me parece muy importante reseñar que el asunto que estamos tratando, la España plural, la vertebración del Estado, etc., no es un problema nuevo, como alguien dijo también antes. Es un tema fundamentalmente orteguiano. El problema de la vertebración de España. Independientemente de que estemos de acuerdo o no con los diagnósticos que hacía Ortega, e independientemente de los errores históricos que nuestro pensador comete en ese libro, yo creo que es obligado conocer los planteamientos hechos por una persona tan brillante.

Siguiendo con Ortega, me pareció muy oportuna la intervención que tuvo antes Rubert de Ventós, cuando hablaba de lo que él interpreta que pretende Maragall para el Estatuto de Cataluña. A mí me hizo recordar una de las polémicas intelectuales más fecundas que hubo en la historia del parlamentarismo español: la polémica entre Azaña y Ortega a propósito del Estatuto de Cataluña de 1932. Aquello que decía Ortega desde una óptica pesimista de que el llamado problema catalán sólo se puede conllevar, y aquello que esgrime Azaña frente a Ortega, diciendo que el Estatuto de Cataluña no es una transacción, no es politiquero barato, sino que significa llevar a cabo uno de los designios más importantes de la República; y literalmente dice Azaña que es “el reconocimiento de la personalidad de los pueblos peninsulares”. Creo que, si sobre el Estatuto de Cataluña (al margen de todos los comentarios –muy prosaicos en muchos casos– sobre dinero, sobre transferencias, etc.) se incidiese en eso que decía Azaña sobre el reconocimiento de la personalidad de un pueblo en lugar de regodearse en ese eterno pesimismo, podríamos avanzar mucho.

Me gustaría insistir en la pluralidad de España y en la pluralidad de cada comunidad autónoma, pues hasta en Asturias existe pluralidad, por muy raro que pueda parecer.

Conviene, insisto también, tener muy presentes las grandes aportaciones que hicieron una serie de personas como las que nombré: Ortega, Azaña, también Américo Castro. Si estamos en un ámbito de aportar ideas, o de crear ideas, o de profundizar en algo, creo que es imprescindible contar con lo que hasta ahora se dijo, tener una documentación histórica sobre ello. Es tremendamente significativo que uno de los asuntos más candentes que se están tocando hoy aquí, y en toda la sociedad, el modelo territorial de España, sea un tema (digo un tema, no un contenido, no una interpretación) orteguiano. Aquello que ya se preguntaba en 1914 en su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, cuando decía con cierta hinchazón retórica: “Dios mío, ¿qué es España?”. Me parece muy ilustrativo, digo, que a estas alturas todavía sigamos abordando estos temas orteguianos, porque ni siquiera tenemos claro cómo configurar teóricamente ese problema al que llamamos España.

Suso de Toro

Este foro tiene un carácter realmente interesante y complejo. Por un lado es significativo, porque permite expresar la existencia territorial, espacial, de lugares, de países, de tierras, de regiones. Muchos de nosotros al hablar aquí decimos: “yo soy de tal sitio”, y expresamos un punto de vista hablando desde nuestro lugar. Este carácter de la presencia de lo local, de lo espacial, es parte de lo específico. Y es necesario, es evidente. Si lo hacemos es porque es necesario. Decimos existe Extremadura, existe Asturias, en este caso –de un modo más marcado por la ocasión–, existe Galicia. Es necesario porque realmente hay un déficit de conocimiento, y en nuestra conciencia hay un déficit de representación de esta complejidad real. Pero, por otro lado, existe simultáneamente un debate común de cómo hacer, cómo construir un juego complejo con todo esto, que tenga un argumento de conjunto, que no sea simplemente un puzzle. Un juego complejo que a todos nos resulte legítimo, que lo aceptemos. Tiene sentido y siempre será necesario expresar las identidades (me refiero a las identidades colectivas, naturalmente, no a las individuales). Pero también hay que tener en cuenta que además de las identidades hay otra cosa que son las voluntades políticas. Las identidades para mí clarísimamente más marcadas en España son los asturianos, los andaluces y en parte los vascos. Pero otra cosa son las voluntades políticas. Es un doble espacio y un doble diálogo, y los dos tienen sentido. Yo creo que la España posible y necesaria es la que reconozca las dos cosas. Que les reconozcan la existencia a personas que se sienten parte de una colectividad, que tienen un componente de tradición, cultural e incluso antropológico; no sólo es legítimo, sino que es una realidad y quien la ignore se crea problemas a sí mismo, impide que funcione bien el juguete colectivo, la máquina colectiva, el juego. Pero existe un juego de vectores políticos, y es lo que está teniendo el verdadero protagonismo, y es el que arrastra el tema de las identidades colectivas. España está en una época, al filo de las transformaciones en Europa y en el mundo, de la mundialización, de la creación de grandes núcleos urbanos, de la radicalización de los procesos de urbanización. Está habiendo cambios muy profundos.

El tema de la construcción europea nos está afectando a todos, a los discursos y a las expectativas históricas. Las expectativas históricas han cambiado en los últimos diez, quince, veinte años. Aunque por un lado se ha consolidado un fenómeno urbano, económico, político, que es el madridismo, el madrileñismo (dentro de España se ha creado

un verdadero vector político, económico, fortísimo, que es el madridismo, madrileñismo, no sé cómo llamarlo), algo que no existía hace diez, quince años, pero que hoy tiene un discurso político encubierto, porque se basa en la identificación con España y en mantener un *statu quo*. Pero sin duda ese discurso político, sin embargo, sí defiende intereses locales, o en todo caso intereses particulares. Cuando Bustelo se negaba a viajar a Barcelona a cambiar la sede, creo que de la Comisión Nacional de la Energía, o lo de Endesa, Pizarro, o Florentino... en todo esto hay una articulación de intereses, de ideología y de camadas sociales y burocráticas que configuran realmente un auténtico poder nacionalista, un auténtico discurso nacionalista, con una base económica, social, y que expresa unos intereses.

Curiosamente, al mismo tiempo que se crea este nuevo madridismo que se emboza en el españolismo, nos encontramos con que los discursos nacionales gallego, vasco y catalán, especialmente el vasco y el catalán, están muertos. Es decir, el programa político del nacionalismo catalán o del nacionalismo vasco, hablando en plata, es irrealizable. No se va a realizar nunca la idea nacional que nos ha llegado incluso a través de la memoria política gallega; esa expectativa histórica no se va a realizar nunca. En la Europa actual, e incluso en el Estado español actual que se va descentralizando, es decir, en la redistribución de poderes, ya no va a haber un nuevo Estado-Nación. No lo va a haber. No se va a realizar nacionalmente de ese modo. Nos encontramos, pues, con una situación realmente compleja. Los nacionalismos a mi modo de ver han llegado históricamente a un límite. No es que hayan fracasado, sino que los que no se han realizado en su tiempo ya no se van a realizar. Pero creo también que cuando hablamos entre un encuentro y otro ocurren cosas. Entre el encuentro de Valencia y éste han ocurrido cosas. Yo decía en Valencia que hay que pensar en movimiento, porque cada vez que nos volvemos a encontrar tenemos que volver a revisar lo que está ocurriendo. Estamos en un proceso en marcha que nos obliga a revisar las expectativas. Hace un año, por ejemplo, parecía que el tema del Estatuto catalán era una oportunidad de crear un nuevo entendimiento. Esa es la palabra: un nuevo entendimiento. Un entendimiento para jugar al tute cabrón, o a lo que sea que estemos jugando. El modo en que se ha saldado el proceso de que hablamos creo que no ha garantizado establecer esas reglas de juego, de entendimiento, que, como decía el otro día en un artículo, básicamente se expresan en dos puntos, que son: el reconocimiento de la existencia del otro (un reconocimiento político, en el caso de Cataluña y de Euskadi), y la lealtad (un compromiso de lealtad en la aceptación de que la expectativa nacionalista no se va a realizar). Veo con un poco de pesimismo el momento actual. Hoy leía en la prensa que el Presidente Zapatero empezará mañana, en Barcelona, la batalla por la defensa del Estatuto; pero realmente, tanto por la parte catalana, que es esencial, como por la parte española, hoy por hoy no se ha llegado a ese nuevo entendimiento, casi al contrario. Quien quiera intervenir en un sentido positivo, regeneracionista digamos, de España, tendría que trabajar en su agenda y buscar un nuevo modo de conseguir eso, reconocimiento político de voluntades nacionales que están ahí, y al mismo tiempo lealtad, exigencia también de lealtad.

Santiago de Torres

“ Cuando estos debates son largos uno pide la palabra, luego cambia el tema y cuando uno quiere entrar parece que coge la novela a la mitad, donde la han dejado los demás, y entonces rompe un poco el ritmo de la reflexión que hacíamos.

Voy a empezar por una anécdota para entrar en lo que quería decir. Es una anécdota visual. Llevo toda la mañana aquí sentado y detrás de Nicolás veo dos torres. Una de ellas tiene cuatro esquinas, y en cada esquina hay una bandera: la europea, *of course*, la española, la gallega y la de Santiago de Compostela. Como están en las cuatro esquinas no tienen rango protocolario. Lo cual es interesante, porque he pensado toda la mañana que cada uno puede mirar la esquina que más le convenga. Y como soy más europeo, me pongo en la esquina europea; o me pongo en la española, en la gallega o en la de Santiago de Compostela. Sabéis bien que las banderas tienen una ley que explicita muy bien el rango protocolario. Debería ponerse en medio una, en función de las preeminencias protocolarias, en función de donde estemos. Pero expresa bien lo que nos está pasando a todos, que cada uno se siente más una cosa que otra y esa torre es fantástica. Luego hay otra torre al lado, que es peor, porque tiene tres esquinas y en cada esquina hay una antena de móviles, Vodafone, Movistar y Amena. Por lo tanto, también tenemos tres realidades en estos momentos, que las telecomunicaciones están en manos de grupos multinacionales que no guardan relación con las economías ni regionales, ni nacionales, ni dan nada de nada. Son multinacionales y vienen aquí a ocupar nuestro mercado. Pero las cuatro banderas en las esquinas, sin preeminencia protocolaria, son un buen símbolo.

Quisiera hacer una primera reflexión sobre el tema de las necesarias reformas del Senado y de la Administración General del Estado. Es un tema tal vez muy pragmático en este momento en que estamos reflexionando sobre la identidad, pero quiero ponerlo sobre la mesa porque a mí me preocupa mucho, y salió en la cena, y también un poco tangencialmente esta mañana. Si estamos haciendo reformas estatutarias, si estamos reestructurando el tema territorial de España, el déficit que nos supone hoy no contar con una nueva Cámara Alta donde realmente se expresen esas nuevas realidades políticas que estamos definiendo nos va a crear un gran problema. Porque tendremos un divorcio brutal entre una periclitada Administración General del Estado y unos estatutos que se van renovando, avanzando en competencias y en sentidos identitarios. No hay un lugar donde se formalice realmente la complementariedad, la coordinación, la convivencia imprescindible para que esto tenga un espacio instituido políticamente donde se pueda plasmar esa realidad. No guarda relación hoy entre las reformas estatutarias que se han hecho en Valencia, la nueva de Cataluña, la que viene de Baleares, de Andalucía... y una Cámara Alta formada por representantes provinciales. En Cataluña se ha cambiado la estructura provincial por las veguerías. En fin, todo es un cierto dislate, y al final estamos entrando en territorios de lo que yo denominaría la voluntariedad política. El Presidente del Gobierno, Zapatero, dice: "nos vemos con los presidentes autonómicos", pero eso no tiene ninguna base real, no tiene ninguna base jurídica. Es voluntad propia de hacer algo, pero si no se quiere hacer no puedes forzar nada, porque es sólo voluntarismo de vernos y hablar, pero no hay ninguna base que permita deducir que esas reuniones tienen realidad política. Ésa es la primera reflexión. Por lo tanto, yo creo que, en paralelo a lo que está pasando en el conjunto autonómico, hay que ver cómo se avanza (ya sé que es complicado) en la imprescindible reforma del Senado, para que tengamos una cámara donde se pueda plasmar la nueva realidad de lo que está sucediendo a nivel autonómico.

La segunda reflexión es sobre la Administración General del Estado. Creo que también es otro problema que tenemos que resolver a corto plazo. No guarda relación hoy la estructura ministerial con lo que está pasando en España, ninguna relación. Existe un Ministerio de

Fomento, que es como se llamaba en el siglo XIX; se ha creado un Ministerio de la Vivienda cuando prácticamente no hay competencias; y los ministerios transferidos, como el de Sanidad, siguen manteniendo un número de funcionarios parecido al que tenían antes de empezar las transferencias. Eso hay que reformarlo. Yo siempre me he lamentado mucho en nuestro país de que las comunidades autónomas, administraciones nuevas, hubieran copiado tanto la Administración General del Estado. Ha sido una lástima, una ocasión histórica perdida para hacer otro tipo de administración. Todas quisieron tener consejerías como los ministerios, con los mismos nombres casi, el mismo número, la misma estanqueidad competencial, el mismo cuerpo de funcionarios propios para cada consejería, y ha sido una ocasión histórica perdida para hacer una administración más ágil, más moderna, con más personal laboral, con grupos de trabajo, más versátil, en definitiva, más moderna. Porque parecía que, cuanto más parecido tenías tu gobierno al del Estado, más potencia política y económica tenías. Y ahora estamos en un momento raro: tenemos unos ministerios dotados de funcionarios con competencias limitadas, y unas autonomías con muchas consejerías que realmente tienen un funcionamiento poco eficiente porque han copiado lo peor del otro.

Yo creo que uno de los modelos que deberíamos plantear (lo dejo en la mesa, pero a mí siempre me ha parecido lo más sugerente) es que aquellos ministerios y aquellas direcciones generales que ya no tienen competencias propias en la Administración General del Estado, se vayan transformando en sistemas parecidos a las agencias europeas, en las cuales las comunidades tuviéramos presencia en el consejo de administración; y no se ubicaran en Madrid, y se fueran ubicando en el conjunto de la geografía española. Por ejemplo, la agencia española de salud pública la podríamos poner en Oviedo, o la agencia española para la promoción de las lenguas de España en Orense, o la agencia para el medio ambiente en Alicante, o la agencia para las nuevas tecnologías en Cáceres, porque así conseguiríamos varias cosas: una, que las comunidades autónomas estuviéramos en sentido de igualdad entre nosotras en una forma de trabajo conjunto, en competencias que son exclusivas o a veces compartidas, donde el Ministerio debería estar; dos, que el Estado y su Administración, que no sería "general", sino la Administración del Estado, salpicaría al conjunto del territorio español. Y eso sería sumamente interesante. La Unión Europea, en un momento dado, cuando se plantea qué hacer para que los Estados de la Unión tengan vivencia comunitaria, decide crear agencias europeas (hay 28 en estos momentos) y las salpica por los Estados. En España tenemos la de Alicante y la de Bilbao, en Lisboa tienen dos (la del mar y la de drogas), en Copenhague medio ambiente. Son agencias donde los Estados van al consejo de administración, con la Comisión y con el Parlamento. Es una nueva forma de democracia interesante, porque hacen que el legislativo participe en esos consejos de administración, pero salpica el territorio europeo de agencias, de competencias, que algunas son de los Estados, y otras han ido subiendo hacia arriba. Yo siempre he propuesto algo parecido en España. Creo que deberíamos hacer un proceso por el cual muchos ministerios fueran desapareciendo, o limitando su capacidad al mínimo, y se convirtieran en agencias con esas competencias que tenemos las autonomías, pero que tenemos que tener un lugar donde compartirlas y hacerlas conjuntamente.

El tema de la vivienda es clarísimo, ayer lo comentaba con Carles Pi i Suñer. Hay que tener una agencia española de la vivienda, y no hace falta que esté en Madrid, puede estar en Burgos. Pero en esa agencia deberían estar todas las comunidades autónomas para discutir y ponernos de acuerdo en temas que, aun siendo competencias nuestras, exclusivas, requieren una cierta uniformidad para que el sector económico y empresarial no tenga sensaciones

de que para cada lugar tiene que hacer un pliego distinto de condiciones de edificabilidad y otras cuestiones. Eso yo creo que es una forma de entender que el Estado salpica al territorio nacional, que podríamos tener agencias por todas partes, que la Administración General del Estado iría reduciéndose a lo que tiene que ser, que es lo que le queda de competencias, y que no haríamos la tontería de decir “bueno, ya que no me dan el tema de medicamentos, voy a hacer yo mi agencia del medicamento”, y acabaríamos teniendo diecisiete agencias de medicamentos, una en cada autonomía, y en Madrid irían replicando o irían manteniendo estructuras ministeriales excesivamente dotadas en estos momentos.

Los dos grandes retos que tenemos son: la reforma del Senado (que para mí es imprescindible), porque va a ser una contradicción cada vez mayor entre autonomías con estatutos cada vez más avanzados y una estructura de Cámara Alta cada vez más antigua; y una reforma de la Administración General del Estado que nos permita salpicar España de Estado mediante agencias compartidas que permita que todo el mundo se sienta participe de su Estado. Creo que es un tema que habrá que abrir en el futuro, pero con una cierta premura, desde mi punto de vista.

Manuel Alcaraz

La verdad es que venía a esta jornada con una cierta curiosidad, después de haber estado en las dos anteriores. Y me voy con una cierta preocupación, no excesiva, pero una cierta preocupación. Primero, porque en la de Sevilla yo apreciaba un tono de pesimismo. Es decir, era un momento en que la situación del Estatuto catalán era muy complicada, no se sabía qué iba a pasar tampoco con el Estatuto andaluz, y, por lo tanto, allí se presionaba. Yo creo que se hacía un análisis de los conceptos de solidaridad, financiación, etc., demasiado rígido, que luego se ha ido complejizando de una manera positiva. Por contra, creo que la reunión de Valencia fue bastante más optimista, tal vez porque los asistentes en Valencia (lo dije en la cena anoche) somos gente bastante más entrenada en sufrir el anticatalanismo, y, por lo tanto, esta avalancha no nos cogía de nuevas; y porque efectivamente había elementos objetivos que hacían pensar en el optimismo. Y yo hoy, francamente, esperaba más optimismo. Pero no veo un optimismo universal, lo cual probablemente está bien, lo del optimismo universal también me daría mucho miedo. Lo que sí veo que planea en muchas intervenciones es algo así como si tuviéramos que decidir entre ser optimistas o pesimistas (el problema es que el optimismo y el pesimismo son sensaciones; no se puede votar si somos optimistas o pesimistas), probablemente porque, y es un giro interesante en esta reunión, en las anteriores se ha hablado mucho de lo institucional, con elementos de lo jurídico, remisiones continuas a la Constitución. Hoy, sin embargo, la Constitución prácticamente no ha salido como un elemento de fondo. Creo que todavía hay un cierto pesimismo después de los resultados finales del Estatuto catalán. Yo soy optimista, no digo que me guste el Estatuto catalán, que ha salido más o menos. Pero sí me parece que tal y como se ha resuelto todo en su conjunto permite un optimismo de cara al resto de legislatura y a enfocar otra serie de cuestiones abiertas que me permiten ser optimista. Quizás un problema, y yo creo que habría que huir de él, es un cierto esencialismo sobre el concepto mismo de España plural. Sobre todo porque se puede plantear la cuestión en un doble sentido, que es el problema de los límites, es decir, dónde están los límites de la España uniforme o dónde están los límites de la España plural. Y probablemente la conclusión es que, además, tampoco hay un límite

uniforme. Me parece que por ahí tendrán que ir los siguientes debates. Y si esto se aprecia como una parte de un proceso, creo que podemos ser más optimistas de lo que éramos hace unos meses. Si la sensación es que, después de todo, nos volvemos a encontrar ante la sinrazón, el centralismo, las tendencias uniformes... el pesimismo volverá a ganarnos, y con el pesimismo poco se construye. Creo que, por lo tanto, y con esto concluyo, sería bueno recuperar para este encuentro y para futuros encuentros la emergencia de proyectos concretos institucionales e institucionalizables. En lo económico, en lo estrictamente jurídico-formal, también en lo simbólico, como decía alguien, que me parece tan importante como lo económico o lo jurídico. Pero, sobre todo, que no tengamos esa sensación de que hay que decidir si hay que ser optimista o pesimista. Que cada cual sienta lo que quiera. Yo personalmente me siento más optimista que en anteriores reuniones.

Kepa Aulestia

« Bien, quería referirme a un aspecto que a veces, por lo menos a mí, me ha llevado al pesimismo. Y es que el debate sobre el futuro de la organización territorial, sobre las identidades complejas, compartidas, etc., ha mostrado cierta patología pendular, por utilizar la metáfora del péndulo patriótico. El péndulo se mueve, creo que excesivamente, entre la angustia y la banalización. Y muchas veces los protagonistas de cada negociación, de cada momento histórico, lo podemos ver siguiendo los pasos de la tramitación del Estatut, se muestran ahora angustiados y en el momento siguiente absolutamente banales. Ahora parece que lo que se pretende es algo sublime y al instante siguiente es una cosa trivial. Se defiende lo mismo como si en ello nos jugásemos la vida y a la vez como si fuese una cosa natural, que no entendemos cómo los demás no lo entienden. Y creo que hay algo de trilero en esto. Y también de confusión, es decir, hay algo de trampa, y también de equívocos, de confusión, de desorientación. Quizás sea un juicio demasiado severo, pero, si nos fijamos, el aeropuerto del Prat puede ser a la vez algo sublime y una necesidad angustiosa para el futuro de Cataluña, y al mismo tiempo una cosa banal y trivial que no sabemos por qué no se concede. Todo es las dos cosas a la vez. Creo que jugar a trilero es censurable, pero que denota una confusión.

Si hablamos del caso vasco, nos encontraríamos también entre la angustia y la banalización. Si nos fijamos en la actitud de quienes se muestran partidarios de estrategias de contención frente a las demandas autonómicas, nos encontramos con planteamientos de ambos signos. Esto no tendría demasiada importancia y seguramente mi comentario sería banal si no estuviera afectando a algo que sí me parece importante. Todavía más preocupante que esto que he dicho. Y es que todavía seguimos manifestándonos, no sé si calculadamente, pero por lo menos elocuentemente ambiguos a la hora de hablar de qué niveles de consenso, qué mayorías, sobre qué bases de acuerdo ha de procederse en las reformas en marcha y en aquéllas que puedan venir en el futuro. A veces la angustia nos lleva a pensar en la necesidad de una gran movilización social que evidencie las necesidades de fondo que hay para un nuevo Estatut o para yo qué sé qué proyecto de reforma constitucional. Y otras veces parece que es todo lo contrario; parece que se trata de un juego más bien político, de un acuerdo más bien parlamentario que con una mayoría simple puede ir hacia adelante. Antes decía Antón Costas que, si se hubiera optado no por lo sublime, por lo angustioso de alcanzar un nuevo Estatuto, sino por una negociación más trivial, más punto por punto, seguramente Cataluña

hubiera salido ganando. Creo que en esta confusión estamos metidos todos, e insisto que me parece significativo que cuando se habla de plebiscitos no sepamos exactamente qué es lo que se pretende. Y yo creo que las estrategias políticas, las estrategias que se pueden trazar desde el poder, que son las únicas que existen, también resultan ambiguas. ¿Tiene la Generalitat (bueno, quizá es demasiado pedir) una idea aproximada de qué resultado quiere obtener el 18 de junio? ¿Hay una estrategia, por tanto, establecida (sólo estoy poniendo un ejemplo) para obtener un determinado resultado el 18 de junio? Me parece que no. Porque, si no, serían inexplicables muchas de las cosas que han pasado. Creo que eso refleja una carencia más de fondo, y es que no sabemos exactamente qué naturaleza tienen los cambios que estamos procurando o que estamos defendiendo. Si tienen una naturaleza angustiosa, sublime, o si estamos hablando de otra cosa, digamos más política, menos trascendente. Si hablásemos del caso vasco, imaginémosnos que todavía nadie sabe si con un 51% podemos aspirar al Estado propio o necesitaríamos más. En el debate eso es un tema casi tabú, como quien dice “ya veremos”, es decir, ya veremos qué importancia le damos a cada cosa. Y seguimos con este juego trilerero en el que lo que hoy es angustioso mañana puede ser absolutamente trivial y poco trascendente. Si no se afronta esta carencia, insisto, en parte sospechosa, o por lo menos elocuente o significativa, me parece que podemos encontrarnos empantanados, es decir, creo que de esta carencia también deriva esa imposible reforma del Senado. Y derivan las contradicciones a la hora de conformar las alianzas políticas. ¿Qué hace el tripartito, Dios mío? O el bipartito, o lo que sea. No es una cuestión meramente política o partidocrática este asunto. Tiene que ver con la capacidad que la política puede tener en estos momentos en cuanto a las reformas estatutarias o constitucionales de ser comprensible, no más; no de arrastrar a la opinión pública, sino de ser meramente comprensible para la opinión pública. Porque los mismos dirigentes están emitiendo ese mensaje dual o pendular. Maragall a veces aparece angustiado y otras veces aparece como que no fuese con él esta cosa. Pero lo mismo pasa con los demás. Ibarretxe aparece como si el salto cualitativo en Euskadi fuese suyo, y a la vez con proclamas más angustiadas, digamos, jugando a la sublimación.

Eduardo Rego

“ En primer lugar, he de manifestar que la ponencia que ha presentado Antón Baamonde me ha parecido sugerente y la comparto en casi todas sus definiciones, aunque seguramente podríamos plantear algunas cuestiones de matices. El resto de intervenciones que se han realizado me parecen interesantes y también podían dar lugar a debates enriquecedores. La cuestión que hace un momento se planteó aquí en relación con la reproducción mimética de la estructura del Estado en la estructura de las Administraciones de las comunidades autónomas sí que me parece que ha sido una pérdida de oportunidad para construir nuevas formas organizativas más adaptadas a las diversas realidades culturales y sociales.

Sobre el tema central que nos trae aquí, pienso que existen dos grandes problemas que tienen algunas características en común. Y esos dos grandes problemas que se han ido manifestando en este proceso de reforma de los estatutos son: el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos que, desde mi punto de vista, son esencialistas y exclusivistas. De ahí parten las dificultades de concretar desde el punto de vista político

e institucional una organización territorial que responda a la realidad plural, aceptando las diferencias y a la vez siendo capaz de articular y reconocer los aspectos comunes en todas esas comunidades dentro del territorio español.

En relación con el nacionalismo español, aunque ha actuado últimamente con mucha virulencia y ha intentado rearmarse en la última etapa de gobierno del Partido Popular, tiene un elemento de debilidad. Aunque es la continuación de una dinámica histórica, las circunstancias actuales son bastantes diferentes. El Estado español de hoy es muy diferente al de hace 20 ó 30 años, al del momento de la aprobación de la Constitución de 1978; el proceso de integración en la Unión Europea ha sido hasta hoy un proceso que cambia y modifica de una forma considerable las funciones y las competencias que hasta entonces caracterizaron a los Estados nacionales, y ha sido aceptado por ese nacionalismo, y aunque mantiene muchos de sus iconos, la base económica del nacionalismo español es bastante más compleja a causa de la interdependencia tanto en el nivel de la Unión Europea como por el efecto de los procesos de globalización, y creo que finalmente irá desinflándose en la medida en que sus propuestas no son efectivas para dar respuesta a los problemas complejos que los cambios sociales, económicos y políticos están produciendo en este comienzo de siglo.

En ese contexto de la Unión Europea, de la globalización y de la interdependencia hay que situar también al nacionalismo periférico, aunque, al contrario que el nacionalismo español, ha encontrado elementos de legitimidad en la defensa de sus identidades culturales, en el sentido de que potencia una serie de reivindicaciones de exigencia de competencias para el proceso de toma de decisiones, donde lo local es un elemento más dentro de lo global. Pero su futuro dentro de este contexto lo veo difícil. Hay muchos factores que hacen complejo su desarrollo y la consecución de sus objetivos.

España se ha ido convirtiendo en los últimos años en un país receptor de inmigrantes. En la actualidad varios millones de ciudadanos que no son gallegos, ni extremeños, ni andaluces o madrileños residen junto a nosotros, han venido a buscar trabajo y una oportunidad para sobrevivir huyendo de la pobreza, con otras culturas y tradiciones. Veremos de qué forma se van insertando en nuestras comunidades. Pero también residen, una parte del año, muchos otros, bien situados económicamente, que vienen de distintos países de Europa. Todo ello supone un importante elemento de complejidad, ya que a la defensa de las identidades culturales nacionales surgirán transversalmente otras demandas identitarias que no han sido resueltas satisfactoriamente en los países de nuestro entorno: ni los modelos de asimilación francés ni los modelos anglosajones (*melting pot*) han sido capaces de implementar una solución exitosa.

Al contrario de lo que ha interpretado uno de los ponentes, sobre la actitud de pesimismo que ha visto reflejada hoy aquí, yo me inclino más bien por un cierto optimismo. Creo que estos problemas a los que aludimos se pueden abordar con mayor éxito desde un modelo federal de Estado, que no quiere decir que piense que el problema de la vertebración de España se vaya a cerrar de una forma definitiva, porque cada vez es más difícil que las soluciones se mantengan durante un periodo de tiempo largo. Lo que se abre es un permanente debate que tendrá sus momentos álgidos porque las nuevas situaciones producto de los cambios sociales van a exigir que se adapten las estructuras políticas a los nuevos entornos sociales, económicos y culturales.

En relación con Galicia, pienso que en este proceso de la reforma estatutaria no hemos tenido una posición de protagonistas. Hemos estado en segundo o tercer nivel y, sin embargo, nos encontramos ahora con una situación en la que la principal preocupación no va a ser la articulación del Estado. Aquí en Galicia tengo la sensación de que partimos de una posición “de hecho”, que es la reforma de nuestro estatuto de autonomía; creo que es a lo que se aludía antes cuando se hacía referencia a que los debates se superponen. En estos momentos en Galicia el debate que inmediatamente cobra relevancia y que va a centrar la atención es el debate en torno a nuestro propio estatuto, las distintas propuestas y cómo vamos a resolver –en nuestro Estatuto– algunos de los problemas que se han planteado en el ámbito de la reforma del Estatuto de Cataluña, o del de la Comunidad Valenciana. Algunos problemas es previsible que van a quedar sin solucionar, en el sentido de que van a permanecer abiertos para el futuro, como el problema de la financiación, y podremos reengancharnos en los temas pendientes que afectan a la vertebración del Estado.

La correlación de fuerzas políticas que protagonizan el debate del Estatuto de Autonomía de Galicia es diferente y el juego de relaciones que se va a producir aquí tiene su propia complejidad: el Partido Popular de Galicia no es exactamente igual que el Partido Popular de Mariano Rajoy, aunque Mariano Rajoy sea gallego; no es casual que Mariano Rajoy esté en Madrid y no en Galicia, y esto va a hacer que el debate aquí entre el PP y los grupos que forman la coalición que gobierna actualmente (PSOE y BNG) vaya a tener una dimensión diferente al debate que se ha producido en otras comunidades autónomas.

Carles Viver

“ Voy, simplemente, a apuntar dos ideas. Yo creo que, a lo largo de esta mañana y de múltiples intervenciones, se deduce que hemos constatado el déficit que tiene en la actualidad el Estado español en cuanto a la pluralidad, al pluralismo. Y no diré que me ha sorprendido, pero constato también que hemos imputado todo este déficit al Estado, o la responsabilidad de este déficit le corresponde al Estado, incluso a Madrid. Yo por supuesto no negaré que el Estado tiene una gran responsabilidad, pero creo que también las comunidades autónomas tienen parte de responsabilidad en cuanto a este déficit. Lo han tenido, lo tienen y sobre todo lo van a tener en el futuro. Cuantas más competencias vayan asumiendo las comunidades autónomas, yo entiendo que más necesidad habrá de que tomen conciencia de que tienen que ser las impulsoras de este Estado plural, de este pluralismo (lo comentábamos anoche también), a base de fomentar las relaciones horizontales entre comunidades autónomas, relaciones bilaterales, relaciones multilaterales.

Ha salido varias veces el tema de los problemas lingüísticos, la falta de, por ejemplo, cátedras de gallego o de catalán en las universidades españolas. En la actualidad, las universidades dependen prácticamente todas ellas de las comunidades autónomas, de modo que este déficit no podemos imputarlo sólo al Estado, también a las comunidades autónomas. Si estamos intentando montar un Estado federal, hemos de saber que los primeros federalismos surgen desde abajo, desde la base, no desde arriba. Es una cierta contradicción que estemos pidiendo que el Estado nos fomente el pluralismo cuando teníamos que ser las comunidades autónomas las que tendríamos que fomentar el pluralismo del Estado, en definitiva, el federalismo. Insisto, sale desde abajo.

Y ya sólo otra idea, ligada con la del ensimismamiento excesivo que han tenido las comunidades autónomas hasta ahora. Es un tema que ha salido antes, que me pareció importante: la acción exterior de las comunidades autónomas. Yo creo que no solamente las comunidades autónomas tienen que tejer redes de complicidades y de actuación conjunta con otras comunidades autónomas, sino también con otras regiones europeas. Me parece que esto está cuajando, como mínimo, en el Estatuto de Cataluña; hay un título, un capítulo, dedicado a la acción exterior de la comunidad autónoma. No tiene nada que ver acción exterior con relaciones internacionales o relaciones exteriores, tenemos que insistir en esta idea. Las comunidades autónomas sin acción exterior en la actualidad pierden el 40% de sus posibilidades y, por tanto, se tiene que fomentar la acción exterior. Creo que en Galicia también éste es un problema que está sobre la mesa; por lo que veo en Extremadura también, y en el País Vasco una de las ideas con las que me consta que se está jugando es precisamente la de una euro-región para solucionar algunos problemas muy de fondo. Por tanto, yo quería apuntar que ésta me parece una idea muy sugerente, la de potenciar la acción exterior de las comunidades autónomas, y que el empezar el federalismo desde abajo tiene que ser desde tan abajo que han de ser los propios ciudadanos los que exijan a sus comunidades autónomas que hagan esta labor de fomentar el pluralismo del Estado español.

Olivia Rodríguez

Quisiera hablar, porque creo que es lo más oportuno, de mi experiencia en mi profesión en relación con lo que estoy oyendo. Y luego hacer una pregunta aprovechando que hay gente tan importante que me la puede contestar. La experiencia que tengo es que haciendo literatura comparada dentro de la Península Ibérica, es decir, estudiando la literatura –no toda, claro está, pues no se puede abarcar todo–, sino la literatura en castellano en relación con la literatura en catalán, o en gallego o en portugués (la vasca es algo que me queda todavía por tratar más a fondo; lo tengo como meta), me he encontrado a veces en muchas situaciones algo absurdas que son sintomáticas de cómo se está viviendo esto. Se está hablando aquí mucho de ordenación política, de estatutos, de oficializar algo que está en la práctica y en la vida de España de todos los días. A propósito de vida cotidiana, hay cosas sintomáticas de que algo falla, cosas que parecen triviales, pero pueden llegar a ser angustiosas, como la siguiente: en las reuniones de los Premios Nacionales de Literatura, en el Ministerio, donde va a votarse toda la producción literaria realizada el año anterior en los distintos idiomas de España, el filtro que tienen que pasar los idiomas que no son el castellano es horroroso, empezando con que en la práctica la gente del jurado no lee en esos idiomas (a excepción del idioma vasco, que siempre se suele traducir). Los libros en catalán y en gallego no llegan a ser leídos por todo el jurado. Eso se llega a averiguar comentando, haciendo preguntas. Hay representantes de todas las academias, hay muchos catalanes, hay gallegos también, hay vascos, pero la mayoría sólo leen literatura castellana. Ahí el Estado está poniendo todos los medios, pero luego, en la realidad de la práctica, está poniendo obstáculos. Es imposible que estas literaturas minoritarias sigan compitiendo en estos premios con la castellana. Eso para resumir la situación que me he encontrado en muchos jurados. Luego hay que pasar otro filtro, que es el de los medios de comunicación. En los premios de la crítica, que ahora se están debatiendo (en Lugo, precisamente), a no ser que se esté en una ciudad como Lugo, en una ciudad catalana, en una ciudad vasca, no hay especial sensibilidad para esos premios que están

reservados a esas lenguas periféricas. Se ve perfectamente el último día, cuando se otorgan los premios, y cuando apenas son atendidos los catalanes, vascos y gallegos, que están en una esquina, y que son incluso mal interpretados (la gente no sabe escribir los nombres de los autores, las obras...).

Se trabaja mucho desde cada literatura, pero son obstáculos constantes. Esos obstáculos creo que tienen que ver, en el fondo, con un problema de educación, del que aquí no se ha hablado. Porque es siempre, creo, la cuestión política más costosa, más trabajosa y más a largo plazo en un país. Y más sensible y peligrosa. Por eso hay tantas batallas alrededor de la educación.

En los congresos sobre literatura se habla de estas cuestiones y solamente hay catalanes, vascos y gallegos escuchándolas, o alguna gente despistada o a lo mejor apuntada por afición. Sigo pensando que habría que dar pasos ya en la educación y hacer, por ejemplo, que existan asignaturas optativas en la enseñanza media, que puedan ser solicitadas por el alumnado en todo el territorio del Estado, y que se pueda dar clase de gallego, vasco o catalán en Albacete, por ejemplo, si alguien lo pide.

Porque la realidad es que aquí estamos muchos trabajando fuera de nuestro lugar de origen. En eso coincidimos los gallegos con los extremeños; el punto de partida es el mismo para las comunidades más pobres de España: siguen produciendo emigración, en este caso de profesionales muy cualificados que están constantemente saliendo. Sería un paso, un paso que no se quiere dar. Yo, como profesora de enseñanza media y universitaria, he vivido tiempos mejores, concretamente en la Transición, donde sí se hizo algún esfuerzo para poner en comunicación cultural a las comunidades. Ahora hay muchos más medios, pero no existe la voluntad ni el interés para hacerlo. Se nota en detalles, por ejemplo, como que siempre se traduce a alguien que en televisión o radio habla en catalán, en vasco o en gallego. ¿Por qué se tiene que bajar la voz y traducir? De esta manera jamás se hace el oído al idioma del otro, jamás. Hay un desconocimiento absoluto respecto de estas culturas. Este conocimiento, esta comunicación entre culturas la llevan las elites, escritores como Suso de Toro, aquí presente, que puede hablar de esto y comunicarse con otros escritores, pero esta comunicación es muy difícil que llegue a los lectores. Yo hablo de una utopía: que cualquier lector en España pueda leer en cualquier idioma. O si no leer, al menos pueda interesarse. Poder tener al menos conocimiento de lo que se hace en Cataluña, en el País vasco. Y no hablo ya sólo de las comunidades históricas; tampoco se sabe qué se hace en Andalucía. Estamos yendo cada vez más a un autismo contra el que hay que luchar, porque todo lo que se desconoce se termina despreciando y odiando.

Algo de lo que estoy hablando lo está haciendo el Instituto Cervantes, o lo pretende hacer. Y yo propondría también que el Instituto Cervantes impartiera clases de castellano en la Península, porque el castellano está muy empobrecido. Parece que es algo que ya está, que no se necesita, y es mentira. También eso necesita un refuerzo. Se habla muy mal, cada vez peor, en español.

Para terminar quería hacer un aparte sobre la cuestión de Madrid. Madrid ha salido en la intervención que admiré de Baamonde, después ha salido mencionado por Suso de Toro. Madrid se utiliza como metonimia, es decir, Madrid es el lugar donde está el Go-

bierno central, pero Madrid, no nos olvidemos, es una ciudad con millones de habitantes que tienen una vida cotidiana bastante dura. Tiene su comarca, como decía Suso de Toro; tiene su complejidad, como todos los lugares de la Península. No todo está concentrado ahí. Es que aquí, en Galicia, donde es habitual utilizar esa metonimia, a veces creo que se abusa de ella.

La pregunta a la que me refería al principio se la quiero hacer a Javier Alfaya, como gallego de Madrid. Yo pertenezco a la emigración gallega en Madrid, y sé que esa ciudad no es sólo una burbuja de la derecha, aunque se esté votando a la derecha. También nosotros parecíamos la burbuja de la derecha en España y no lo éramos. Éramos mucho más complejos. Quisiera que Javier me echara una mano en esto y nos hablara de si hay complejidad, o es todo mito, o qué visión tenemos nosotros de Madrid.

Margarita Ledo

“ Pido disculpas por incorporarme tan tarde y porque, debido a ello, mi intervención tendrá que basarse en ciertas impresiones causadas por lo que acabo de escuchar. Al ser convocada a este foro, me pareció de interés debatir los escenarios de lo plural, algo que forma parte del escenario no sólo español, sino mundial y que tiene raíces lejanas. En primer lugar, creo que al hablar de nacionalismo hay que evitar determinados estereotipos como eso del “esencialismo”, del “exclusivismo” y similares, porque al activarlos estamos alimentando una idea falsa sobre algo que es justo lo que tenemos que debatir: el Estado plurinacional. Y si ya tenemos poca visibilidad, si hay escasas políticas de visibilidad (medios públicos incluidos) para aquello que no sea la burbuja que rodea el poder o lo que a nivel mediático funciona en determinado momento como espectáculo, las grandes manifestaciones encabezadas por obispos, por ejemplo, nunca vamos a llegar a entender que un foro tiene que plantear lo que no se dice, aquello que está velado, aquello que se mantuvo como secreto. Estamos en el año de la memoria; firmamos cartas a favor de la República (yo llevo firmadas cinco o seis), y de entre los textos que recibí me gustó mucho uno que quiere volver a llamar a las cosas por su nombre: golpe de Estado a lo que fue golpe de Estado, exterminio a lo que fue exterminio, régimen ilegal a lo que fue siempre un régimen fuera de la ley. También me gustaría que, de una vez, se pudiera nombrar lo que, desde el fin de la República, adjetivada como “federable”, quedó sin desarrollar, y que son los tres Estatutos nacionales aprobados entonces. De lo contrario estamos demonizando al Estatuto catalán, al Estatuto vasco, al Estatuto gallego. Por lo tanto, hay que asumir el debate sobre esas cosas que no por ocultarlas dejan de afectarnos. Saber que los procesos son disimilares porque las Historias, en lo concreto, son disimilares. Y a partir de ahí viene la interrelación, la interculturalidad (yo hablo siempre en estos términos y no de multiculturalidad), para configurar y construir una nueva ciudadanía; igual que la identidad es una construcción; igual que la nación es una construcción en la Historia, y no es permanente ni se manifiesta siempre de la misma manera; igual que una Constitución es una construcción y tampoco es permanente.

Quiero decir una cosa más. Me perdí el texto de Antón Baamonde y el del colega de Extremadura, pero supongo que después se van a publicar. Bien, yo soy nacionalista y no soy ni exclusivista ni esencialista. Rego, siento disentir del contenido de tu intervención. Yo estoy en foros de todo tipo, desde la lusofonía, los iberoamericanos, españoles, gallegos, catalanes y muchos otros a los que soy convocada desde los lugares que voy atravesando. Aparte,

en mi caso, yo me hago “gallega” en Cataluña, cuando estudiaba periodismo allí. No tengo la territorialidad como una marca de origen, ni siquiera la defiendo para la ternera, dicho sea lacónicamente, sino como una opción política. No defiendo para nada la marca de origen. Defiendo la ciudadanía en acto, muy cerca de las posiciones de Jacques Rancière, y ésta es la ciudadanía que nos cuesta trabajo construir ahora, en tiempo de nuevas migraciones.

A partir de la Declaración Universal de Derechos Humanos, de no encontrarnos con grandes contradicciones en su aplicación, en su reenvío a lo concreto, podíamos llegar a pensar que estamos en un mundo hipotéticamente perfecto. Yo creo que estos velos son los que hay que empezar a debatir, el porqué de los miedos a verbalizar el interior, el núcleo de determinados conflictos. Si no se aclara, o no se habla, o no se discute, surgen numerosas ideas falsas, como volver a hablar de nacionalismo igual a autarquía, en un desmedido afán de reducir toda diferencia a algo sentimental e irracional. Asombra, por ejemplo, que se pueda seguir utilizando la notación “esencialista” para referirse al nacionalismo gallego, cuando el enfrentamiento con estas posiciones, las de Vicente Risco, se dieron cuando se tenían que dar, en los años veinte. Todas y todos sabemos que durante la República lo que va adelante como programa político no tiene carácter esencialista, es un programa reformista y realista que, por ejemplo, reivindica el ferrocarril. Y aún seguimos con lo mismo, seguimos clamando por el AVE. A través de esta analogía lo que quiero decir es que las cosas quedan a veces sin solucionar y que Galicia sigue siendo, a día de hoy, una *comunitas* desestructurada, entre otros aspectos a nivel productivo. No hay tejido productivo. Yo me muevo en un sector, el audiovisual, que es en sí mismo una auténtica construcción simbólica, y lo digo en términos de realidad hipersubvencionada, de modo que cuando no está subvencionado, se calla. Informe tras informe, a lo largo de ocho años de mi vida académica, lo fui sistematizando y fui recomendando ciertas políticas públicas que pasan, obviamente, por la identidad. Porque es necesario llevar a lo concreto y en términos contemporáneos tanto la identidad como la definición de la ciudadanía, y si una es constitutiva de la otra. Discutir en estos momentos y en estos parámetros la cuestión estatutaria quiere decir ver también la responsabilidad que tuvieron los gobiernos autonómicos en llegar a este *cul de sac*, entre los fondos europeos por un lado, entre achacarle todos los males al Gobierno central por el otro... Yo creo que para la redefinición de los estatutos cada uno tiene que asumir sus responsabilidades. Soy federalista, obviamente. También lo es la República. Y en la federación entra lo plural, la federación es inclusivista. Yo creo que ése es parte del problema real: llamarle a las cosas por su nombre. O si no, me bastará con el cine de Isabel Coixet, que me agrada más que estos foros y me aclara bastante mejor el proceso de desintegración de Europa, la gran destrucción. Siento este final tan agresivo formalmente. Pero es a lo que conduce, a veces, tener que resumir. O que simplificar.

Javier Alfaya

“ Las cosas que ha dicho Olivia son muy interesantes, pero plantean muchas cuestiones. No voy a responder a una de ellas (la de ser madrileño de adopción, porque soy un gallego que vive hace muchos años en Madrid) porque no me parece que sea el tema.

Sí quiero referirme a una cosa, que ha salido también antes de Olivia, que es el problema del desconocimiento que hay en el país, en general, de las culturas minoritarias. Ése sí es un

grave problema, y no creo que sea fácil encontrarle una única motivación. Entran en juego muchas cosas, entre ellas un elemento esencial (y eso ya se ha dicho), y es que en España la industria editorial (la industria cultural en gran medida, pero sobre todo la editorial), está en manos de dos grandes centros, que son Madrid y Cataluña, lo que mediatiza ese desconocimiento. Yo hace años que no voy, pero he estado varias veces en los jurados de los Premios Nacionales de Literatura, en poesía, en traducción y en narrativa. Efectivamente, prácticamente nadie lee otras lenguas que no sea el castellano en esos jurados; y entonces se da una situación casi patética, o se daba antes (ya he dicho que hace años que no estoy ahí, quizá haya mejorado o quizá haya empeorado): de vez en cuando a alguien le entraba mala conciencia y decía “¿Por qué no le damos el premio a éste?”. Era un escritor catalán o un escritor gallego que nadie había leído, pero, al ser un premio estatal, tendríamos que hacer un esfuerzo.... Una vez me he encontrado diciendo “¿Pero habéis leído esto?”. “No, pero ya sabes, es que el año pasado se lo dieron a un vasco, el año pasado se lo dieron a un leonés, ¿por qué no se lo damos a un gallego?”. Esto no es manera de funcionar. Yo me temo que lo que ocurre en este país es que una generación entera (de la que formo parte) fue educada en un desconocimiento absoluto de las otras literaturas.

Recuerdo, como muchos de los que estáis aquí, aquellos libros de gramática que decían que en España se hablaba castellano, y luego había una especie de lenguas residuales que eran el gallego, el euskera y el catalán, pero que no tenían categoría de idiomas, claro está. Y esto es una cosa que está en la mente de mucha gente y que tiene muy mal arreglo político, malísimo arreglo político. Yo hablo un gallego creo que aceptable (mi amigo Camilo Gonsar, que está aquí, alguna vez lo ha elogiado en público), pero hay gente que no se toma en serio que yo pueda hablar en gallego. “Bueno, pero tú haces como que hablas en gallego”, dicen. No, yo hablo en gallego porque el gallego yo lo aprendí en una familia de profesionales de clase media. Lo aprendí de las criadas de mi casa, porque en mi casa estaba prohibidísimo hablar en gallego; eso significaba situarse en un nivel muy bajo socialmente. Pero las criadas, de una manera natural, me hablaban en gallego. La cocinera Ramona y la niñera Rosa, a las que he dedicado un libro porque me enseñaron a hablar en gallego. En mi caso saldé el problema quizá porque tengo una buena memoria auditiva; y cuando me pidieron dar una conferencia en gallego, presentar un libro en gallego, lo he podido hacer sin mayores problemas. Muchos de nuestros paisanos hablan un gallego lamentable, porque en sus familias se consideró que no estaba bien visto, que era una cosa de pobres, etc. Eso ha tenido ecos en todas partes, indudablemente. Yo me eduqué en una ciudad donde durante tiempo y tiempo me propuse eliminar el acento gallego que yo tenía, porque los niños se burlaban de mí. Es un hecho histórico. Es una anécdota, pero las anécdotas a veces son significativas. No se puede abusar de ellas nunca, pero tampoco se puede abusar de la teoría.

Recuerdo una cosa que me llamó mucho la atención y que alguna vez la he hablado en público: todos ustedes han oído hablar de Harold Bloom, que es un gran comparatista, y que tiene un libro famoso que se llama El canon de la literatura occidental. Un libro seguramente muy discutible, pero que tiene esa vasta resonancia que tienen todos los productos anglosajones. Yo tengo un amigo que es muy amigo de Harold Bloom, y un día, hablando con él, le dije: “Bloom ha olvidado la literatura española del siglo XX”. En general la literatura española, digamos en castellano, desde el Siglo de Oro para acá. Y no digamos la literatura catalana; un poeta inmenso como Ausiàs March no sabe ni quién es. Y es uno de los mayores poetas del Renacimiento, en mi opinión. Y le dije “ten en cuenta que la España del siglo XX ha producido realmente escritores de una talla universal”. Y éste habló con Bloom, y como

Bloom parece que es una persona bastante receptiva, reconoció su error. Mi amigo le habló de unos cuantos escritores españoles que consideraba importantes. Valle-Inclán, Cernuda y el catalán Salvador Espriu, que para mí es un inmenso poeta. Pues bien, se publicó una entrevista con Harold Bloom en un periódico importantísimo de este país y Bloom decía que esos tres escritores eran realmente universales. Pero en la entradilla de la entrevista dice "Bloom considera que Valle-Inclán y Luis Cernuda son escritores de talla universal". Se tragarón a Salvador Espriu. Eso a mí me parece de una gravedad muy grande, porque refleja la mentalidad del que escribe el reportaje y de un redactor jefe que no tiene ni idea.

Yo me he enterado, en este hotel, hablando con un viejo amigo mío, Antoni Ros Marbá, de la existencia de un poeta, Martí i Pol. Yo haría un desafío entre ciudadanos de este país que conozcan la obra de uno de los poetas más grandes que ha dado la Península Ibérica. La mayor parte de la gente a la que yo le hablo de Martí i Pol, que es un poeta que, además, me gustaría traducir si yo supiera suficiente catalán, me encuentro con que me dicen "¿y quién es ése?". Y, sin embargo, veo nombres de poetas (lo siento mucho, voy a entrar en jerarquización de la literatura) que no son casi nada y que, sin embargo, están todos los días en los periódicos. Eso es tremendo. ¿Por qué? ¿Quién tiene la culpa? Yo creo que hay un problema social, que hay un problema cultural, pero que es difícil darle una sola causa. Por supuesto, repito, me parece muy importante el hecho de que la industria cultural (o una gran parte de ella) gire en torno a dos ciudades, como son Madrid y Barcelona. Pero claro, en Cataluña también la industria editorial catalana vive fundamentalmente de las publicaciones en castellano. No de las publicaciones en catalán. Porque hay una especie de realismo que lleva a decir "mire usted, la gente habla más en castellano que en catalán", lo cual, desde el punto de vista de los negocios, me parece impecable. Ahora, yo creo que es labor de las comunidades autónomas, y del Estado central supongo que también, el que esa literatura esté presente en la educación. A mí me parece monstruoso que alguien pueda leer a Espronceda, o digamos a Núñez de Arce, por ejemplo, que es el poeta más horrible de la literatura española, o a don José Zorrilla, que aparte del Don Juan Tenorio era un disparate todo aquello, y que, sin embargo, la gente no sepa quién era Eduardo Pondal, que es un poeta inmenso de este país, y que escribió además en castellano también. Que es otra cosa muy característica de Galicia. Aquí casi toda la literatura, casi todos los grandes escritores gallegos, incluido Valle-Inclán, escribían también en castellano. La mayor parte de los escritores gallegos eran magníficos escritores en dos idiomas. Yo no tengo soluciones para nada y no soy un político, soy simplemente un señor que de vez en cuando trata de pensar ¿qué se puede hacer para evitar eso; y para evitar otra cosa que me parece tenebrosa, que son las ediciones institucionales, los libros que se pudren en los sótanos de los ministerios o de las consejerías de cultura? Ahí está la televisión y la radio pública, que deberían tener un papel muy activo en dar a conocer la cultura en todo el país. Aquí se ha hablado de la poesía andaluza. De la poesía andaluza actual o la literatura, yo no sé nada. Sé solamente que se ha llegado ya a una cosa tan monstruosa como que hay un premio literario del cual he sido jurado yo una vez en el que solamente se habla de los libros que se han publicado en Madrid.

Perfecto Conde

“ Nicolás me acaba de descubrir al presentarme, porque yo quería empezar diciendo "io sono Prisciliano". Y es que no resisto la tentación de decir por lo menos dos palabras en otro idioma que no sea el castellano. Me refiero al transcurso de

este foro. Es mentira, yo me llamo efectivamente Perfecto Conde, que debe ser tan mentira como lo de Prisciliano, porque soy un sudoroso pagador de impuestos y quiero poner el dedo en algunas llagas.

El señor Máiz (que no me está oyendo) habló del neocentralismo español promovido por el PP y sus medios adláteres, o seguidores, no me acuerdo qué palabra utilizó. Hombre, es verdad, pero también es verdad que hay otros neocentralismos que no son del PP ni de sus medios adláteres, y en el transcurso de este foro se vio. Es decir, yo con cierta alarma escuché frases esta mañana como: "Vemos a los nacionalistas como un obstáculo para el desarrollo autonómico" o "Considero a España como una Nación con todas las consecuencias". Cualquiera de estas frases son ya impronunciables incluso por la boca de don Manuel Fraga Iribarne. Escuché a alguien con mucha sabiduría, creo que fue Antón Costas (me parece que tampoco está), que se refirió a esto diciendo que se había utilizado aquí un esquema muy tradicional. Y tan tradicional. Yo (por lo visto hoy va de definiciones) no soy nacionalista como mi gran amiga Margarita, y, además, no lo quiero ser; pero me alarmo del otro nacionalismo. Me refiero al nacionalismo español. Me alarmo porque puede llevarnos a los que a veces no sabemos lo que somos (porque como Churchill –o no sé quién fue– ya no sabemos ni quiénes son nuestros enemigos, y menos todavía nuestros amigos), puede llevarnos, digo, a ser compañeros de viaje hoy de unos, mañana de otros, ayer de no sé quién; y desde luego puede crearse una cierta ceremonia de la confusión que sería negativa para el ciudadano de a pie, que es para quien más reclamo que nos aclaren las ideas. Que nos acláremos las ideas. No que nos las aclaren, porque deberemos aclarárnoslas entre todos.

Lamento no expresarme con la sabiduría y, sobre todo, con la finura dialéctica de Rubert de Ventós (que se fue); porque yo firmo debajo de todo lo que dijo; y firmo debajo de mi amigo ex rector (mi Alzheimer me acaba de hacer la jugada de olvidarme de su nombre; y "mi Alzheimer" lo digo como metáfora, no vayan ustedes a pensar que estoy tan chocho). No sé si es una impropiedad que estemos hablando de la pluralidad ibérica en un lugar que se llama Reyes Católicos, pero a mí me resulta chocante. Qué quieren que les diga. Me resulta chocante, probablemente, que estemos en una cierta ceremonia de autocomplacencia. Ya sé que estos foros son casi siempre así. Pero lo que navegó por encima de la mesa toda la mañana fue la preocupación de qué va a pasar con España o (como diría el asturiano que citó a Ortega... mejor dicho, como diría Ortega) las Españas. Yo creo que aquí no estuvo la España real esta mañana. Aquí no salió para nada lo que le está pasando a la inmensa mayoría de la población, que es que un señor esté con 38 de fiebre (el señor soy yo), gripe, una semana en casa, llame a su centro médico y le digan "venga usted el martes a las cinco de la tarde" (y estábamos a jueves). Yo llevaba una semana con 38 de fiebre, digo. Efectivamente fui el martes siguiente. Había desaparecido la fiebre. Eso sí, la doctora que me atendió me recetó antibióticos para los diez días siguientes. Esta España no estamos tratándola (estas Españas; porque yo no soy nacionalista, pero desde luego no quiero ser nacionalista español, claro). Estas Españas no las estamos tratando. Es decir, aquí sigue planeando el Estatut, Estatuto, no sé cómo se dice en euskera, que creo que es muy importante, y desde luego mi respeto para los procesos estatutarios y mi complacencia personal por la sabiduría con la que los catalanes y el Gobierno de Zapatero han sabido llegar al buen puerto del Estatut. Pero creo que es hora ya de que los "egrexios" –que es como se dice en gallego "ilustres"–, profesores de universidad (perdónenme esta "brincadeira", que diría un portugués), y los que no somos "egrexios" profesores de universidad, debemos tratar en la mesa de los foros, antes de que sea demasiado tarde, los problemas reales de

las Españas, que son muchos, y desde luego son todos los que se trataron aquí. Es decir, todos, absolutamente todos. Conuerdo con la profesora coruñesa Olivia, discúlpeme si olvidé su apellido, en el análisis que hizo de las literaturas periféricas, y particularmente de la gallega. Y coincido con muchos otros. Pero, como sigamos ensimismándonos y hablando de todas estas cosas, nos van a dar una corrida a gorrazos, como en Francia, que nos vamos a quedar en calzoncillos. Que no sé cómo se dice en francés, aunque es el único idioma que hablo bien, si no lo diría en francés, porque tampoco quiero ser grosero, como dijo Rubert de Ventós. Discúlpeme que haya introducido una variante probablemente extraterrestre, pero esa es mi preocupación. Muchas gracias por haberme escuchado.

Xosé Carlos Arias

“ Tengo que empezar diciendo que hace sólo un rato que he llegado (me disculpo por llegar tan tarde) y en consecuencia es posible que lo que diga sea inconveniente o que repita cosas ya dichas. Voy a tratar de ser todo lo breve que pueda. Empezaré por aquello que recomendaba un gran economista, referente intelectual de Antón Costas y mío propio, que fue Joseph Schumpeter, quien recomendaba comenzar por el principio y dejar claros cuáles son los prejuicios de los que uno parte. Y mi prejuicio es el de ser un ciudadano decididamente federalista, decididamente no nacionalista, ni gallego ni español.

Dicho esto, lo fundamental de lo que quisiera transmitir es que yo observo, en la dinámica profunda actual del Estado español, una tendencia clara de carácter confederal. Creo que hay una dinámica confederal que a mí no me gusta, que me preocupa, y que tiende hacia la fragmentación, y esto, por ejemplo, se observa sin más viendo los periódicos locales o regionales. Parece que haya una obsesión por lo que es propio, por lo que es sustancial de cada uno. A mí me recuerda bastante a aquel pintor que hacía pinturas tan raras en el siglo XVI: Arcimboldo. Quedó acuñado como “el efecto Arcimboldo” la imposibilidad de construir la imagen de un rostro si no es a través de muchos detalles, perfectamente descritos. O sea, no hay manera de entender el todo si no es haciendo mucho hincapié en las partes. A mí me parece que esto revela claramente una dinámica confederal, que, desde mi prejuicio, es perversa; que dificulta afrontar con pura racionalidad algunas decisiones que habría que tomar. Hay muchas cosas, muchas políticas y muchas decisiones que hay que descentralizar (supongo que esto ya habrá tenido muchos abogados hoy aquí), pero también hay otras que yo creo que habría que centralizar. Por ejemplo, el tratamiento de los desastres naturales. Aquí hemos tenido no hace mucho tiempo el caso del Prestige. La confusión de administraciones no favoreció nada la resolución del problema. El famoso incendio de Guadalajara algo absolutamente parecido, con controversias, líos e ineficacia total por parte de las distintas administraciones, la autonómica, la estatal, que tendrían que haber intervenido. Al mismo tiempo, aunque también me apunte a un cierto municipalismo –es decir, creo que hay que descentralizar hasta el final, hasta el último nivel, muchas cosas–, entiendo como perfectamente racional, y lo estamos viendo claramente estos días, que se retiren algunas competencias y capacidad de decisión a los municipios, por ejemplo, en materia de urbanismo. Yo creo que habría que centralizar mucho más la capacidad de supervisión y en último término de decisión sobre esto.

Como quiero ser breve y como tengo una cierta aprensión de estar repitiendo cosas que quizá ya se hayan dicho, quisiera concluir diciendo que para mí la manera de frenar esta

dinámica confederal es afrontando de una vez por todas, y llamándola por su nombre, la dinámica inclusiva federal, que es la que yo creo que puede introducir elementos de racionalidad en la construcción del conjunto y ser, en último término, favorable también para los intereses de las partes.

Nicolás Sartorius

■ Tenemos un cuarto de hora y es de cortesía el que los dos ponentes puedan decir algo; es fundamental. Voy a dar la palabra a Baamonde. Ya les he dicho a ambos ponentes que no se trata de sintetizar todo lo que se ha dicho aquí, sino sólo algunos aspectos que consideren relevantes o puntos que han planteado que no hayan quedado claros. Así que Baamonde, cuando quieras.

Antón Baamonde

“ Cuando yo hacía una referencia a la Historia de España concebida de un determinado modo, realmente estaba haciendo referencia a mi educación sentimental, es decir, la educación sentimental de un niño rojo, para entendernos, que recibió una idea de España que era realmente la leyenda negra. Utilizaba esto para constatar cómo después, en el periodo de la postransición, se intentó que España se reencontrase a sí misma de otro modo. Determinados historiadores intentaron hacer esa labor construyendo una España que no había sido tan desastre como tradicionalmente había sido concebida en el pasado. Quiero decir que mi referencia no iba más allá de esto, y que desde luego hay una tradición de pensamiento español liberal muy respetable. Tal vez mi texto está demasiado focalizado en una cierta imagen de España, y en ese sentido es injusto con otras tradiciones intelectuales y políticas de España, entre las cuales está Azaña y todo lo que representa como producto del liberalismo en el siglo XIX.

Me gustaría también retomar algo que mencionaba Olivia, que es el tema Madrid. Tendemos a usar esta palabra como metonimia, o con una forma de significación de ciertos fenómenos. Yo siempre tengo cierta curiosidad por el detalle. Dios está en los pequeños detalles, que se dice. Me leí esa pequeña Historia de Madrid que creo que había redactado Santos Juliá con otras personas hace unos años, y me hice mi pequeño trabajo de estudio de cierto Madrid del XIX, del XX... y efectivamente creo que hay una Historia de Madrid muy compleja, muy plural, muy diversa. Yo mismo viví en Madrid en 1983, cuando la movida, y fue una experiencia muy vital, muy agradable, en la que yo aprendí mucho. Mis primeras visitas a Chueca, por ejemplo, fueron muy ilustrativas de algo que aquí existía de un modo mucho más oculto. Hay que hacer justicia también. Yo realmente hacía referencia a cómo se construyen los imaginarios desde los grandes grupos mediáticos madrileños, que esto creo que sí es su trabajo; no ayuda mucho a la construcción de una España federal. Ahora, el Madrid real, el Madrid popular, el Madrid que viene de muy lejos y que tiene tantos matices, esto es otra cosa y tal vez (yo no sé, no vivo en Madrid) no sé hasta qué punto ese Madrid comparece, digamos, por los propios medios madrileños, por su televisión... En fin, esto es otro asunto que tal vez tendría algún interés para los madrileños.

Mi intervención inicial tenía un sentido: como estamos en la época que estamos, en la coyuntura política que estamos, todo esto se ve como un gran conflicto y como un gran problema, y como una amenaza que se cierne, la amenaza de una posible España confederal. La verdad es que no pienso que esto sea tanto así. Creo que estamos en una época en que se están reconfigurando los espacios económicos y políticos españoles, pero no creo que estemos en ese momento procesal desde el punto de vista de la estructura del Estado. No creo que ése sea el peligro (aunque haya sectores de opinión en Cataluña, en el País Vasco, menos en Galicia, que optarían por una posición de ese tipo). Lo que intenté fue situar el problema sobre un territorio un poco nuevo. Porque están sucediendo fenómenos nuevos para los cuales todavía no hemos formado estos conceptos.

La intervención de Santiago de Torres, que podría parecer muy técnica, lo de la reforma de la Administración del Estado, nos da una idea de por dónde van los tiros. En mi opinión, en los últimos treinta años, el éxito económico de España tiene en gran medida que ver con el hecho de que haya una distribución territorial del poder. Hay que recordar que la distribución territorial del poder es también un criterio liberal clásico, porque evita la concentración del poder. Como sabemos, el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. Por tanto, el hecho de que haya una distribución territorial del poder tiene un elemento liberal que se debe tomar en consideración, y que no creo que amenace la unidad de España. Además, los Estados ya no son lo que eran. Está la Unión Europea, está la globalización con todos sus flujos, y esto hace que nazcan otros espacios. Se sabe que en España lo que crece es la franja mediterránea, con una "y" griega, con un desprendimiento, de Zaragoza, el País Vasco y Madrid. Nosotros también crecemos, pero, sin embargo, aumenta la diferencia con la franja atlántica. Nosotros tenemos intereses comunes con Portugal. Porque Portugal tiene una vocación atlántica como la tiene Galicia. A nosotros nos interesan las sinergias con el norte de Portugal, porque nosotros somos un territorio pequeño de una población más o menos reducida, y en muchos sentidos la euro-región nos interesa. Estamos con realidades que no siempre alcanzamos a entender por su novedad, por el momento incipiente en que están.

También me pareció importante ahora que vaya a haber un aumento de competencias; a partir de ayer y del referéndum en junio, esto es un hecho ya. No es una eventualidad o una hipótesis. En España los gobiernos autonómicos cada vez van a tener más poder y más competencias. El dato que yo daba de que el 20% de la inversión lo gestiona el Estado central, el 20% los ayuntamientos y el 60% las comunidades autónomas me parece que es suficientemente claro por sí mismo. Esto significa que los gobiernos autónomos tienen sus propias responsabilidades. En Galicia hasta el momento actual los conselleiros de economía y de facenda salían a la palestra cada seis meses o un año para decir que nosotros todavía estábamos por debajo de este nivel en que la Unión Europea te daba subvenciones. Es decir, se suponía que nos teníamos que alegrar de que no habíamos llegado a aquel nivel de riqueza que nos permitía prescindir de ellas. Hay, como mencionábamos ayer en la cena, este temor, que creo que existe en otros lugares de España, de que el nuevo reparto de la tarta (el argumento de la tarta siempre se repite) nos perjudica a los gallegos. Yo, tal y como lo veo, creo, al contrario, que igual que para España fue una oportunidad el Estado de las Autonomías (y lo va a seguir siendo, porque le da al Estado flexibilidad, capacidad de modernización, etc.), los gobiernos autonómicos cada vez van a tener más poder, tienen cada vez más responsabilidad. Y que no pueden hacer lo que estuvieron haciendo estos años, que es gestionar los dineros que venían del Estado para hacer infraestructuras, para

hacer institutos, para Educación, para Sanidad. Tienen que hacer políticas proactivas. Y tienen que ser verdaderos gobiernos que se ganen su futuro. En ese sentido sí que creo que llevamos un modelo de cierto federalismo competitivo. El modelo de la igualdad, de que haya un nivel de servicios básicos para los ciudadanos, es obvio y no creo que nadie lo objete, o eso espero. Pero es cierto que los gobiernos autónomos pueden tener mejores o peores políticas, y que esas mejores o peores políticas pueden dar mejores o peores resultados. Creo que éste es el escenario en el que nos encontraremos a unos años vista.

Un amigo mío decía: “es que España realmente o es plural o no es España”. Esto es así. Quien conozca España y estudie España sabe que esto es así. Si no es plural es otra cosa, pero no es España. Una idea de España impostada no funciona. Pero en la España del futuro, cada uno efectivamente ha de tomar su responsabilidad. Y los gobiernos autonómicos también. Y después hay que ver cómo organizamos el Estado, la relación de las comunidades autónomas y la Administración central; cómo se hallan unos mecanismos de agencias o no sé qué con los miembros superiores de la Unión Europea; cómo a su vez se formarán nuevos espacios económicos, sociales y culturales... la famosa Corona de Aragón tan discutida, pero que tiene algunos elementos objetivos de realidad. Yo conozco mejor el caso gallego, la euro-región norte de Portugal, que el catalán. Quiero decir que son nuevas realidades que están menos pensadas de lo que parece. Todas estas cosas que a mí me parecen casi obvias, de sentido común, de cajón, a veces me sorprende que las elites políticas, las elites económicas están más en estas cosas, porque se mueven más en otros terrenos, digamos, en que hay que tomar decisiones. Porque las fronteras no son lo que eran. Yo me acuerdo, cuando ibas a Oporto, si volvías después de las doce de la noche, te pasabas la noche en el coche como un santo. Y si no tenías una manta, a dar vueltas. Y ahora te vas de Santiago a Oporto en dos horas. Más rápido de lo que vas a Ribadeo, que es otro punto de Galicia. Por tanto, hay realidades que son nuevas y que hay que pensar, tal vez, con nuevas categorías, porque en parte es lo mismo de siempre, pero en gran medida también es distinto.

Y por último, España creo que supo aprovechar su oportunidad en estos años precisamente por su flexibilidad. Creo que en el momento presente tiene que proseguir en esa línea, en la línea de la flexibilidad, de no tener tan claro todo, en la línea de tomar la complejidad en su sentido positivo; y tomar la negociación no como un problema, sino como una realidad: si los actores tenemos la voluntad de proseguir en el matrimonio bien avenido, tendremos dificultades, pero seguiremos adelante.

José Higuero Manzano

La relación de Extremadura con Portugal arranca del Estatuto de Autonomía. Nuestro Estatuto, el primero, el de hace veinte años, ya consideraba que la región tenía que tener una vinculación específica con Portugal y con los países de la América Latina. Y desde entonces venimos desarrollando una actividad permanente con el Gobierno portugués, directamente (encontramos dificultades del Estado español, sobre todo en la época de José María Aznar), pero fundamentalmente con los territorios limítrofes con Extremadura; hasta el punto de que en este momento tenemos sede en Extremadura del Instituto Camoes y hay una difusión de la lengua portuguesa que está dirigida en un buen número por profesores de portugués de origen gallego, lo que hace que en Extremadura haya más personas estudiando portugués que en el resto de España. Este es un dato que a lo mejor

deberían considerar las comunidades aquí presentes que tienen lengua propia. Qué hacen sus institutos para llegar a otras regiones a difundir esa lengua, incluida la gallega. Respecto a lo que decía Santiago de Torres, la reforma de la Administración General del Estado que él plantea como una cuestión urgente, y que por ahí hay un camino estupendo a través de las agencias, Extremadura lo vio cuando empezó la Transición. Al no producirse ruptura, la Administración Central del Estado tenía en Extremadura administradores, personas con perfil de administración, mientras que en las regiones donde había infraestructuras, donde había empresas, donde había universidades, el perfil de la Administración del Estado periférica era de planificadores, de analistas, de gente con empuje.

Eso nos ha hecho retrasarnos mucho tiempo, porque cuando empezaron las transferencias, el Estado nos transfirió responsabilidades de gestión, pero no nos mandó a las personas especializadas, preparadas, que sí estaban en País Vasco y en Cataluña y en otras comunidades. Eso hace que quizá nuestro pensamiento, o a lo mejor mi filosofía al presentar el tema de la ponencia hoy tuviera un carácter algo tradicional, como decía Antón Costas. Y puede ser así, porque el origen del que venimos nos planteaba esa necesidad. Extremadura se lanza a la modernidad. En su corresponsabilidad fiscal pone impuestos a los bancos, que también el Gobierno de Aznar intenta parar, y pone impuestos a quienes a través de grandes líneas llevan el IVA de la energía que produce Extremadura a Bilbao. Cuando se consolidan estos impuestos, y ahí demostramos corresponsabilidad fiscal, intentamos apostar por la modernidad y preparar a las jóvenes generaciones de extremeños. E intentamos que haya un ordenador para cada dos alumnos en todas las escuelas y los institutos públicos de Extremadura. Y no hace ni un mes que un importante líder catalán nos tiraba de las orejas, diciendo que mientras Cataluña aportaba tanto al Estado, de lo cual llegaba una pequeña parte a Extremadura, que ellos no podían presumir de tener esas nuevas autovías de la comunicación que son los ordenadores, que si se usan bien es probable que adelanten unos peldaños más la situación de Extremadura respecto al resto de España. Por lo menos por ahí va nuestra apuesta. Si se nos tira de las orejas diciéndonos “¿dónde vais, si nosotros en Cataluña no tenemos esto, como lo podéis tener vosotros?” (también Extremadura es la comunidad que más bibliotecas públicas tiene en este momento), lo que pedimos es que se nos tenga el respeto que nosotros tenemos, y se nos tenga la consideración que se tiene con los demás.

Nicolás Sartorius

■ Yo dije al principio que iba a hacer un gran sacrificio, que iba a ser sólo oidor. Pero me vais a permitir por lo menos un minuto para decir que la sensación que he tenido escuchando desde esta mañana todas las intervenciones, más las que se hicieron en Sevilla y en Valencia, es la siguiente: salgo muy contento de este encuentro, porque creo que se han dicho cosas muy interesantes, nuevas algunas de ellas. Pero he tenido la impresión en todos los encuentros de algo que parece una perogrullada o una obviedad, y, sin embargo, creo que es la primera pregunta que nos tenemos que hacer. Tengo la impresión de que queremos vivir juntos. Es un asunto que hay que plantearse. ¿De verdad queremos vivir juntos? Yo tengo la impresión de que sí. Pero queremos vivir juntos no de cualquier manera. Queremos vivir juntos con proyectos comunes importantísimos, y que, si no fueran comunes, no serían, como es vivir en una España democrática. La democracia es un gran proyecto del conjunto. No ha existido nunca democracia que no sea en España. Es decir, no hay democracia en Cataluña, no hay democracia en Eus-

kadi, no hay democracia en... si no hay democracia en España. Cuando la democracia ha sido vencida y derrotada, ha sido vencida y derrotada en el conjunto. Ése es un gran proyecto común que tenemos desde la Transición.

Yo creo que hay otra cosa importantísima que sale en todas nuestras conversaciones, aunque no lo mencionemos porque es algo que pertenece ya casi a nuestra piel, y es que queremos vivir en Europa. Que queremos seguir en la Unión Europea y queremos sacar partido a esa Unión Europea. Grandísimo proyecto del conjunto de los ciudadanos de España que no ha sido siempre así, que ha sido también una conquista de la democracia. Por lo tanto, tenemos dos cosas ya. Cuando oigo las conversaciones que tenemos, algo en lo que veo que todos estamos de acuerdo es en que queremos vivir en un país de ciudadanos iguales y solidarios; pero de ciudadanos; fundamentalmente de ciudadanos, y no todas esas abstracciones que a mí siempre me preocupan mucho de los pueblos, las naciones... Yo soy un ciudadano de carne y hueso con mis problemas, como todos los demás. Y también, lo ha dicho antes Antón, algo que nos une y que sale en todas las reuniones es que no queremos vivir en una España unitaria, homogénea. Queremos una España diversa y una España plural; lo que llamamos la España plural que tiene que irse desarrollando.

Y, por último, ha surgido aquí una cuestión que luego no ha sido muy desarrollada. La ha planteado Joseba, y me parece algo de relieve. Estamos descentralizando, dando más poder político, económico, administrativo, etc., a las comunidades autónomas. Ése es un proceso que estamos viviendo ahora con los nuevos estatutos. Los nuevos estatutos son nada más y nada menos que un nuevo reparto del poder, no hay más. Un reparto del poder, no saquemos más historietas. Luego eso se llama competencias, financiación, etc. Pero, si hacemos ese proceso, que yo creo que es positivo y soy favorable a él, tenemos que hacer otra cosa también, y es que a medida que damos más el poder a las comunidades autónomas, esas comunidades autónomas tienen que asumir el todo, es decir, tienen que corresponsabilizarse. Mi duda, que dejo ya para otra reunión, es: ¿cuando asumimos más poder en las comunidades autónomas, asumimos el todo o queremos ese poder para vivir mejor nuestra vida? Yo tengo dudas de que en todos los sitios haya conciencia clara de que tenemos que hacernos cargo del todo. Cuando digo "el todo", me refiero a España en su conjunto. Y que no haya una dinámica de cada vez más competencias, cada vez más poder, pero para tener mejor nuestro huerto, sin asumir el conjunto. Esto es algo que va en doble dirección. Es decir, a más autonomía más corresponsabilidad. A más autonomía, más hacernos cargo del "todo". Si eso fuese así, muchas inquietudes, malos entendidos, etc., se atenuarían. Me refiero a que si se viera que cuando hay más poder para Euskadi o para Cataluña o para Galicia o para Andalucía, etc., a su vez, estas comunidades autónomas asumieran la responsabilidad del conjunto, es decir, de España, de la misma manera que lo puede asumir alguien que está en la famosa Administración central o en Madrid, creo que muchos malos entendidos podrían desaparecer. En el fondo para mí ésa es la España federal. Es decir, autonomía, pero corresponsabilidad. España es, en el sentido plural que le damos a la palabra España, algo de lo que tenemos que hacernos cargo todos, no sólo una parte. Esas son cosas que han ido saliendo en todas estas reuniones (no se trata de ningún resumen), que seguiremos discutiendo en Extremadura en las próximas reuniones que tengamos. Y se irá haciendo esta pedagogía de la diversidad y de la pluralidad que es lo que nos va a llevar a algo verdaderamente positivo, porque la vuelta atrás evidentemente no es posible.

Nada más. Os agradezco mucho en nombre de la Fundación que hayáis asistido. Muchas gracias y hasta la próxima.

Cuadernos publicados

- 1/2004. El control político de las misiones militares en el exterior. Debate de expertos.
- 2/2004. El sector del automóvil en la España de 2010. Debate de expertos.
- 3/2004. La temporalidad en la perspectiva de las relaciones laborales.
- 4/2004. La contención del gasto farmacéutico. Ponencia y Debate de expertos.
- 5/2004. Alternativas para la educación. Debate de expertos.
- 6/2004. Alternativas para el cambio social. Zaragoza, 26 de noviembre 2004
- 7/2005. Las bases y los límites del consenso en la política exterior española. Debate de expertos.
- 8/2005. Los mecanismos de cohesión territorial en España: análisis y propuestas. Debate de expertos.
- 9/2005. La inversión de la empresa española en el exterior: nuevos aspectos económicos, políticos y sociales. Debate de expertos.
- 10/2005. El futuro de RTVE y EFE. Debate de expertos.
- 11/2005. El recurso de amparo constitucional: una propuesta de reforma. Debate de expertos.
- 12/2005. Guerra de Irak y elecciones del 14 M: un año después. Debate de expertos.
- 13/2005. Azaña y Ortega: dos ideas de España. Debate de expertos.
- 14/2005. El aborto en la legislación española: una reforma necesaria. Debate de expertos.
- 15/2005. Los objetivos políticos del Presupuesto de Defensa español. Debate de expertos.
- 16/2005. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 17/2005. Reformas para revitalizar el Parlamento español. Debate de expertos.
- 18/2005. Las nuevas tecnologías aplicadas a la agroalimentación. Entre la preocupación y la urgencia. Debate de expertos.
- 19/2005. El crecimiento del sistema español de I+D. De la teoría a la realidad. Debate de expertos.
- 20/2005. La Agencia Europea de Defensa y la construcción europea: la participación española. Debate de expertos.
- 21/2006. Alternativas para la España plural. Debate de expertos.
- 22/2006. La crisis energética y la energía nuclear. Debate de expertos.
- 23/2006. Unión Europea y América Latina: retos comunes para la cohesión social. Debate de expertos.